

EL CHLAMYDOSAURO O LAGARTO.



25 de febrero de 1846.

TOMO IV. 4

HISTORIA NATURAL.

EL CHLAMYDOSAURO, O LAGARTO

CON CAPA DE KING.

La Nueva-Holanda es sin contradicción el país más extraordinario del globo, pues nada en ella se parece á lo que se haya visto en otras partes, y aun se diría que la naturaleza obedece á nuevas leyes de organización. Las flores presentan las más extrañas formas; los bosques de encalptos producen con sus hojas blanco-azuladas el más singular efecto, y están pobladas de kanguroos, que no tienen otro medio de andar que el dar saltos; de falangueros, que aunque parecidos á las ardillas, pueden volar de árbol en árbol; de mamíferos con el cuerpo cubierto de una piel igual á la de una liebre, con las patas de nutria, con el pico de anade, con todas las habitudes de las ratas de agua, pero que sin embargo producen huebos muy parecidos á los de los pájaros; de otros mamíferos, en fin, que no llevan sus hijos en el seno, como los demás vivíparos, sino que los dan á luz mucho tiempo antes de estar formados, depositándolos en una bolsa membranosa debajo de su vientre, en la cual las pequeñas masas informes se desarrollan. Nada hay en aquella extraña tierra, sin exceptuar á los hombres, que no tenga formas, colores y caracteres enteramente distintos de los demás seres de su especie.

No es de los menos extraordinarios de la Nueva Holanda el lagarto, con capa, ó sea chlamydosauro de king (*chlamydosaurus kingii*, DUMER). Su tamaño es de dos pies y medio, pero su cola delgada y cilíndrica, y cubierta como lo demás del cuerpo de pequeñas escamas acanaladas, forma por sí sola las dos terceras partes de dicho tamaño. El color de su parte superior es leonado y cortado por bandas transversales de color más pálido, salpicadas de negro; la superficie superior de sus patas traseras y del extremo de la cola están teñidos de negro. Su lengua es bastante pesada, poco dilatada y algo afilada; sus muchos dientes son fuertes y parecidos á los de las serpientes, y sus patas tienen cinco dedos, armados de robustas uñas un poco torcidas. Pero lo más singular de este animal es su enorme collar de piel delgada, cubierto por uno y otro lado de escamas romboidales y carenadas, y cuya parte inferior termina en una especie de sierra.

Aunque partidarios de las causas finales no se nos presenta á primera vista el objeto para que esta singular vestidura pueda servir al animal. ¿Es acaso una arma defensiva, una especie de escudo ó coraza destinada á rechazar los golpes del enemigo? De ningún modo, pues el tal collar consiste en una membrana estremadamente débil, é incapaz de amortiguar la fuerza de un golpe cualquiera por ligero que sea. ¿Es quizá un simple ornamento? El tal caso sería tan mal imaginado como el de nuestras damas, y no menos incómodo que el corsé, las mangas embutidas y mil otras diabluras de este género, pues impediría los pasos del animal si se descuidase de dejarlo pendiente entre sus piernas delanteras cuando quiere moverse. Veamos sin embargo si estudiando las costumbres del lagarto con capa, podremos sospechar á lo menos el objeto para que esta le sirve.

El chlamydosauro, como alguno de nuestros lagartos, hace una guerra á muerte á los insectos alados, como moscas, mariposas, etc., que persigue sobre la tierra, sobre los árboles, y do quiera que los pueda encontrar. Pero careciendo de una larga lengua para flecharlos, como tiene el camaleón, por ejemplo, se ve obligado á suplirla desplegando una agilidad extraordinaria, y no siendo esencialmen-

te trepante por no tener sus uñas bastante torcidas, ni dedos bastante fuertes, le acontece que muchas veces, pasando de un ramo á otro para coger su presa, da el golpe en vago y cae al pie del árbol. En este caso se rompería infaliblemente los huesos á no servirle el collar de paracaídas: desde que conoce que pierde el equilibrio alarga y atiesa su cuerpo poniéndolo como un palo y aplicando exactamente sus piernas ya á los lados ya á la cola, estiendo su collar ó capa, y se deja caer entonces sin la menor inquietud; entra el aire en el paracaídas, al cual sirve de lastre el cuerpo, y el animal desciende pausadamente, bamboleándose á merced del viento.

No es decir que el chlamydosauro sea muy aficionado á esta peligrosa operación; antes bien se vale las más veces de la astucia para apoderarse de su presa, aletargado en su dulce pereza, en el *dolce fur niente* tan querido de los italianos. Sus largos dedos le dan la mayor felicidad para correr sobre la yerba y las hojas secas, y así es que le agrada mucho el vivir junto á los árboles ó al pié de rocas herbosas, donde está tomando el sol horas enteras en la más completa inmovilidad, aguardando á que la casualidad conduzca un insecto á poca distancia de su hocico. Para no ser reconocido de sus víctimas, que al verle echarían á huir, hunde el cuerpo en un agujero y se cubre con su collar, que siendo rojizo y tachonado de negro, se parece mucho á una hoja seca, aplanada en el suelo, y que llegando á ocho ó á nueve pulgadas de diámetro no deja ver más que la punta del hocico y los ojos. Después de haber tomado esta actitud, aletárgase el animal, hasta que sintiendo pasar algún insecto sobre la supuesta hoja seca, se anima y se agita rápidamente. El insecto se atolondra, tropieza bruscamente y va á parar en el fatal hocico, donde se encuentra preso y devorado sin haber turbado la tranquilidad de su enemigo, que aguardando nuevas víctimas vuelve á su tranquilo sueño.

Esta afición á la pereza, común á todos los reptiles, proviene sin duda de la misma causa que en los países templados los hace quedar como muertos durante todo el invierno, y es el poco calor de su sangre, no muy superior al de la temperatura del aire. Otro efecto resulta de la misma causa: el que estos animales solo tienen necesidad de respirar á largos intervalos, lo que les da la facultad de pasar debajo del agua sin ahogarse mucho más tiempo que los mamíferos, y aun algunas veces muchas horas seguidas: obsérvese en los lagartos, cocodrilos, culebras, ranas, etc. Engañados nuestros padres por las apariencias, los creían anfibios, es decir que se imaginaban que podían vivir indiferentemente en el agua ó en la tierra, pero los progresos de la anatomía comparada han rectificado este antiguo error.

Sea lo que fuere, como las iguanas, familia á la cual pertenece el chlamydosauro, no se contenta este lagarto con comer insectos, sino que también ataca á los pequeños pájaros, y sobre todo sus huevos y pollos si puede sorprenderlos en el nido. A falta de presa animal, come yerba, hoja y pequeños frutos de la clase de las bayas.

El chlamydosauro habita en los troncos de los árboles ó en los huecos de las rocas; pero siempre en parajes muy secos y espuestos al mediodía. Los indígenas de la Nueva-Holanda sin darle precisamente caza, no se olvidan, cuando hay ocasión, de apoderarse de ellos para comerlos, y hallan su carne muy sabrosa y comparable por el gusto y color al de una tortuga de tierra.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EPISODIO

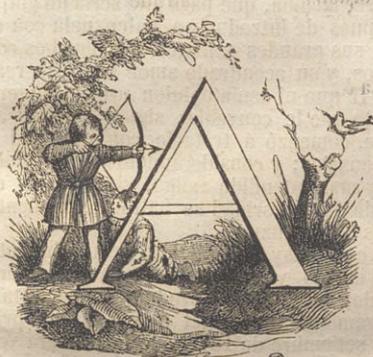
DEL REINADO DE CARLOS II.



DON FERNANDO VALENZUELA,

MARQUES DE VILLA-SIERRA.

I.



demasde ser una calamidad grave y trascendental para las naciones las largas minoridades, dejan en pos de sí un rastro de fatalidad, del que suelen resentirse por muchos siglos los pueblos que han tenido la desgracia de experimentarlas. El trono entonces ocupado por una persona inofensiva, pero enteramente inútil é impotente para obrar bien ni mal, sirve de escudo y pretexto á todas las maldades; á su sombra se desarrollan las ambiciones mas inconcebibles; hombres que en el estado normal jamás saldrían de la bajeza y miseria en que los colocó su cuna, se apoderan por medios vergonzosos é inicuos de los primeros destinos; y las naciones extranjeras explotan en provecho suyo la ambición é ignorancia de estos miserables, formando entre todos un intrincado laberinto alrededor del trono, una red inmensa de intrigas, de las que el monarca no puede salir fácilmente, cuando llega el caso de empuñar el cetro de una nación dividida, desgraciada, y subyugada á poderes estraños.

Los regentes y tutores, aun suponiéndoles buena fé y pureza de intenciones, ni tienen el prestigio que necesitan, ni son respetados como la persona que representan, y por lo mismo tienen que luchar con inconvenientes graves: el porvenir está siempre amenazándoles como la espada de Democles; las ambiciones que ellos mismos han contribuido á desarrollar, para crearse amigos y fuerza, vienen á hacerse mas poderosas que ellos mismos, y muy raro es el que al espirar el término de su regencia, no se halla odiado, aburrido, y desacreditado hasta con sus amigos.

Entretanto en el monarca menor es en quien se reúnen las consecuencias de este desórden; todos invocan y toman su nombre para destruir su trono; las personas que á voluntad del regente le rodean, tratan sólo de imbuirle ideas que sostengan y alhaguen sus intereses; le engañan siempre para formarle un corazón incapaz de sondear su maldad, ni de oponerse á su ambición desmedida. Su educación, ó se abandona del todo, ó está pésimamente dirigida por las mismas personas interesadas en que el rey nunca

salga de tutela. Como las personas se cambian en derredor suyo con la rapidez que la ambición y las intrigas palaciegas las derriban, y todas hablan en descrédito de las que les han precedido en el favor, el monarca concluye por no saber á que atenerse, y sale de su minoridad desconfiado, débil, ignorante, é incapaz de poner un dique al torrente de males que creó su minoría: y rara vez un monarca que ha pasado por una larga minoridad, ha podido hacer la felicidad de su reino.

Estas verdades desgraciadamente confirmadas por la experiencia, se verificaron completamente en el reinado de Carlos II llamado comunmente el *Hechizado*. Jamás monarca alguno salió de la minoridad mas débil, mas fanático, mas ignorante y fácil de engañar y seducir que el último rey de la dinastía Austriaca en España. Juguete toda su vida de las violentas pasiones suscitadas durante su minoridad, destruido enteramente su físico y su moral, llena su cabeza de necias y fanáticas ideas de religión, ni supo querer ni obrar. Si concebía alguna idea buena, no se atrevía á realizarla; y una palabra, una profecía inventada por un hipócrita, una revelación supuesta por un falso devoto, bastaban á hacerle retroceder y abandonar el asunto de mas importancia y trascendencia para el estado. Para prueba de su irresolución y pobreza de alma, hemos elegido entre los muchos episodios de su reinado, el primero en que intervino como rey, el de don Fernando Valenzuela, que fué uno de los muchos que durante la minoridad de este monarca concibieron idea de ambición y engrandecimiento; y que llegó á realizarla mucho mas de lo que en su principio pudo prometerse; pues siendo en su nacimiento de escasisima fortuna, llegó esta á elevarle á las mas altas dignidades de la nación.

Fué don Fernando Valenzuela natural de Andalucía en la provincia de Córdoba, hijo de un hidalgo de aquel país, y de una señora natural de Talavera; ambos nobles pero muy pobres. Su padre, que se veía imposibilitado de darle educación y carrera por falta de medios, logró colocarle en casa de don Rodrigo de Vivar, duque del Infantado, á quien sirvió algun tiempo en clase de page. Desde luego descubrió un talento no comun, y muchisima travesura, y tanta disposición para intrigar y revolver, que ya en casa del duque le daban el título del *duende*. Don Rodrigo, que gustaba de sus ingeniosos enredos, y de su apuesta figura le habia cobrado grande afición, y le empleaba en algunos negocios que el jóven desempeñaba con soltura é inteligencia. Con este motivo trató de favorecerle, y alcanzó para su page un hábito de Santiago. Ufano Valenzuela con el título de caballero, y adornado con la cruz roja, comenzó á figurar en mayor esfera, y á manifestar con mas estension su capacidad para los negocios, de modo que cuando el duque fué nombrado virey de Sicilia le llevó consigo para que le ayudase en los negocios de su gobierno.

Mucho aprovechó al jóven caballero este viage por el hermoso país de Italia, donde su imaginación fogosa se adornó de ideas poéticas y brillantes, el trato de gentes y el manejo de los negocios aumentaron sus conocimientos, y adquirió aquel aire fino, cortesano, y adulator de los italianos, que luego manejó tan bien, y de que supo sacar tanto partido.

Luego que pasado algun tiempo volvió á España no dudó en lanzarse, buscando el rumbo que le trazaba su ambición, en el mar borrascoso de la corte, donde pulu-

laban las intrigas mas bajas; donde encontradas ambiciones se disputaban con encarnizamiento el mando y los honores, y esquilaban á la desgraciada España; y donde el jesuita ministro, el P. Everardo, que era al mismo tiempo confesor de la reina regente, con el marques de Aytona y sus parciales ejercian la mas absoluta tirania, enriqueciéndose con escandalosos monopolios, y sosteniendo al mismo tiempo una lucha á muerte con los partidarios del bastardo don Juan de Austria, que aunque ausente de la corte, no dejaba de intrigar y preparar las cosas para apoderarse del mando luego que el rey fuese mayor de edad.

Nada arredró á don Fernando que comenzó por hacer al amor, tributario de su ambicion, tomándolo como medio para introducirse en palacio y entablar en él algunas relaciones. Servia entonces en la clase de damas de retrete de la reina gobernadora doña Maria de Uceda, señora jóven y bien parecida, y á quien la reina tenia alguna deferencia y cariño. Don Fernando comenzó á obsequiarla y á manifestarle su pasion amorosa, que no tardó en hacer tambien efecto en la jóven señora. Las frecuentes visitas que la hacia le proporcionaron ocasion de conocer los sujetos que figuraban en palacio, de explorar su opinion, y conocer sus designios, y poco á poco fué tomando parte en las intrigas cortesanas, concluyendo por declararse abiertamente partidario de doña Ana, y enemigo de don Juan, que era entonces el camino mas espedito para conseguir y figurar.

Resuelto ya á seguir la senda que habia comenzado, verificó su casamiento con la dicha doña Maria; y este enlace, unido al influjo de una azafata de la misma reina, con quien se decia tener don Fernando algun parentesco, le proporcionaron ocasiones de darse á conocer á la gobernadora y á su confesor el P. Everardo, que era quien entonces lo disponia todo á su arbitrio. Una y otro comenzaron á mirar al jóven con predileccion, y descubrieron en él mucho talento y travesura para las intrigas cortesanas, y no se les ocultó su ambicion y deseos de figurar, con lo cual contaron con un defensor mas para su causa. Le encargaron algunas comisiones que desempeñó muy á satisfaccion de entrambos, y particularmente de la reina, cuya amistad y privanza procuró Valenzuela cultivar con mas esmero é interés, sirviéndola sin restricciones en cuanto encomendaba á su diligencia y talento, y mostrándola al mismo tiempo extraordinaria sumision y respeto.

Ya el nuevo favorito era conocido en la corte como hombre de mucho valimiento con la reina y con el P. Everardo, cuando se levantó á impulsos del descontento general, y de las intrigas de don Juan de Austria aquella borrasca espantosa que destituyó del ministerio, derribó de su privanza y arrojó de la corte al ministro jesuita, á cuya desmedida ambicion é ignorancia se atribuian, y no sin fundamento, los males inmensos que afligian á esta nacion desgraciada. Parecia que en aquella deshecha tempestad no habia de salvarse ninguno de los amigos del P. Everardo, y que la fortuna de Valenzuela naufragaria con la de su patrono; pero la reina gobernadora, privada de su confesor y ministro pero no del poder que como regente y madre del monarca menor ejercia, lo empleó para no desamparar á su nuevo favorecido, con quien contaba ya para sus planes ulteriores. En los primeros momentos pareció ser de los vencidos, y aun se llegó á creer que caería de su privanza, pero seguro con el aprecio y proteccion de la reina, no hizo mas que ocultarse mientras pasaba la borrasca, para luego volver con mas seguridad á ocupar su puesto. Fueron desterrados de la corte, ó voluntariamente se ausentaron muchos caballeros prelados y particulares, unos por favorecedores de don Juan, y otros que por ser amigos del P. Everardo, temian algun desman por parte del pueblo. Tal vez por esta causa se creyó conveniente que don Fernando Valenzuela se ausentase tambien por algun tiempo, y aunque su salida fué

honrosa, pues se le dió el cargo de capitán general de la costa de Málaga, causó sin embargo mucha alegria en Madrid, y mereció la aprobacion de todos, el que la reina separase de su lado á un hombre á quien ya se designaba como autor y consejero de muchas de las determinaciones que se tomaban en los asuntos políticos.

Esta alegria fué corta sin embargo, porque á los pocos dias le confirió S. M. el titulo de marqués de Villa-Sierra, y no tardó mucho en volver á la corte, con motivo de haberle nombrado la reina su caballerizo mayor. Escandalizados estaban todos al ver la prisa y profusion con que se prodigaban honores y empleos á un hombre poco hace desconocido, pobre, y sin representacion; todos preguntaban la causa de esta prianza, y se desataban en interpretaciones poco decorosas, y en murmuraciones malignas; pero pronto conocieron que esto no era mas que preparar la senda por donde Valenzuela habia de subir al encumbrado lugar que doña Ana de Neuburg le destinaba. Esta señora, nada temia tanto como que el rey, cuya minoridad tocaba ya su término, quisiese llamar al bastardo don Juan de Austria para colocarle al frente del gobierno de España, y ningun medio perdonaba para impedir que se pudiese tomar esta medida, que para ella seria un golpe de muerte. Trató pues de introducir á Valenzuela con el rey, de ponderarle sus grandes talentos, sus muchos conocimientos políticos, y su acendrado amor hácia su real persona; y Carlos II que ni tenia opinion propia, ni era capaz de discernir lo que le convenia, siguió las indicaciones de su madre, comenzó á tratarle con intimidad y á guiarse por sus consejos; y considerándole y tratándole como á su mejor y mas entendido amigo, sin haberlo él querido, al salir de la minoridad se halló enteramente entregado en manos de Valenzuela.

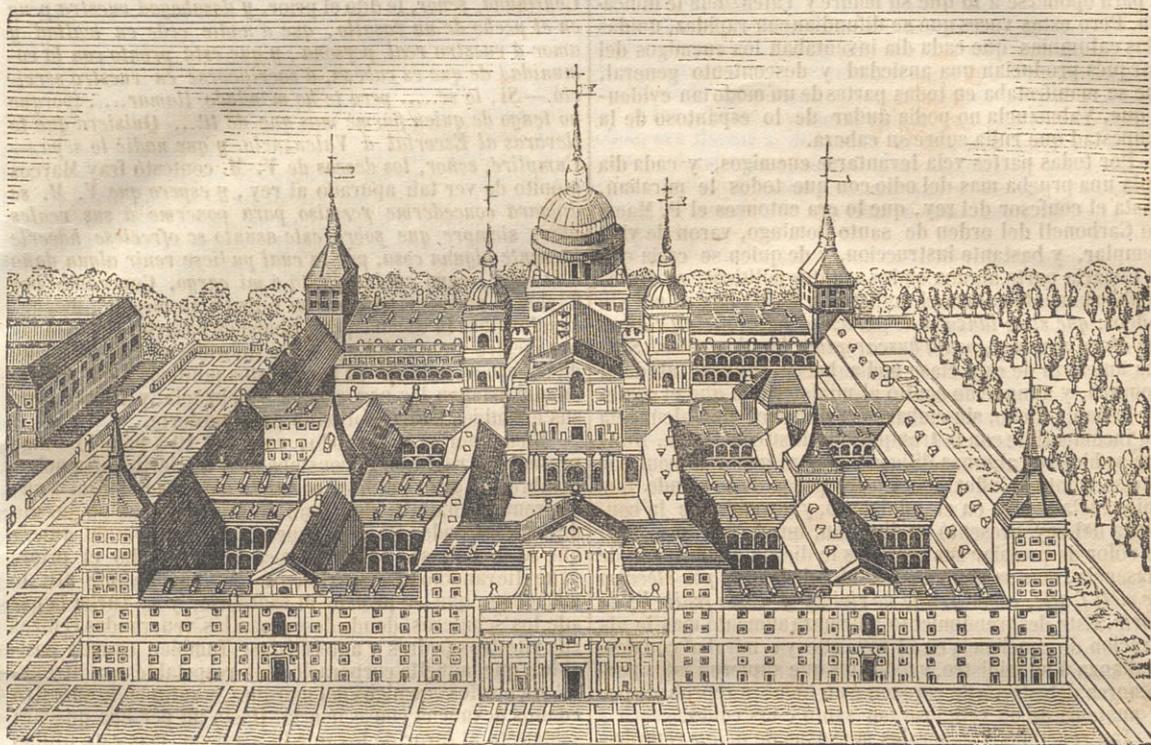
Entrado el rey en la mayor edad, un acontecimiento insignificante en sí mismo, y que en otro monarca hubiera pasado desapercibido, en Carlos II produjo un efecto tal, que le decidió enteramente á favor del que ya era su privado. El dia 19 de setiembre de 1676, fué la primera vez que Carlos II despues de haber entrado en el gobierno de España, visitó el real monasterio del Escorial, á donde fué acompado de su madre doña Ana de Neuburg y de todos los grandes y caballeros de su corte, entre los cuales se hallaba como caballerizo mayor de la reina el marqués de Villa-Sierra, que procuraba acompañar al rey á todas partes, y no separarse de su lado. La comunidad de aquel insigne monasterio, siempre obsequiosa con los reyes sus patronos, recibió al jóven monarca con la solemnidad y aparato acostumbrados, y dispuso en su obsequio algunos festejos. Se iluminó por la noche todo el edificio, se dispusieron danzas, corridas de toros y novillos, refrescos, y algunas batidas en el bosque, donde entonces abundaba la caza mayor.

En una de estas partidas de caza que se hacia en la dehesa llamada de la Herreria, contigua á las paredes del monasterio; don Fernando, segun lo tenia de costumbre, estaba á muy corta distancia del rey. Vió este venir un enorme venado, y con la irreflexion de los pocos años, y el deseo de matar tan fuerte bicho, disparó sin reflexionar en lo cerca que estaba Valenzuela. El tiro abrió algo mas de lo acostumbrado, y una de las postas con que estaba cargada la escopeta hirió al favorito en una pierna, pero muy ligeramente, porque la posta dió de escape en la correa con que sostenia su media, y tan apenas llegó á la carne. Asustado el rey corrió á favorecerle, creyendo haberle lastimado mucho, y aunque luego vió que solo era una muy leve rozadura, le pareció sin embargo que debia recompensarle aquel daño con manifestarle mas amor y deferencia, y con acumular en él honores y distinciones, tanto que los cortesanos aprovechando la doble significacion de la palabra, y haciendo á un mismo tiempo alusion á la causa de la herida, y á la rápida fortuna del marqués, decian: *que habia ascendido por la posta.* En

efecto, no quiso el rey dilatar la satisfacción del daño que había causado, pues á últimos de octubre del mismo año, reunida toda la corte en el palacio del Escorial en el salón que llaman del Despacho, dió al marqués de Villa-Sierra el título de Grande de España de primera clase, mandán-

dole cubrir en su presencia. Materialmente se inventaban distinciones con que honrar á Valenzuela, porque á los títulos que ya tenía, reunió el de Alcalde de los reales bosques.

Con extraordinario disgusto recibió la grandeza espa-



Vista del Monasterio del Escorial.

ñola que se elevase hasta su clase, y estuviese en mayor aprecio que ellos, un hombre á quien pocos años antes habían menospreciado, y en quien no reconocían mérito alguno para tanta recompensa; pero obligados á respetar los caprichos de su rey, y sabiendo que el nuevo grande estaba tan apoyado por la reina madre, se vieron en la dura precisión de cumplimentarle por sus honores, y de aplaudir los buenos y generosos sentimientos del joven monarca; si bien interiormente le juraban un odio mortal, y se disponían á poner en juego cuantos medios pudiesen encontrar para derribarle de tanta altura. No se ocultaron á Valenzuela los celos de la grandeza, ni las tramas de los amigos de don Juan de Austria, pero embriagado en su rápida y colosal fortuna, creyó que él solo podría luchar contra tantos enemigos en medio de las pasiones violentas que se agitaban en toda la nación, y apoyado solamente en su talento y en el favor de un monarca tan tímido, débil é irresoluto como Carlos. Impávido continuó en llevar adelante el plan político que había combinado con la reina, y á su vuelta á Madrid no dudó en aceptar el cargo de primer ministro que por consejo de su madre le confirió el monarca.

Entonces la grandeza no pudo sufrir por mas tiempo lo que creía un insulto y desprecio hecho á su clase. Comenzó á murmurar y reprobó públicamente la elevación de Valenzuela; á decir que la autoridad real estaba amenguada y esclavizada por el ministro; y aun algunos de la primera nobleza, que servían inmediatamente al rey en los destinos interiores de palacio, se retiraron absoluta-

mente para manifestar, cuanto les había disgustado ver al frente de los negocios públicos á un hombre con quien tenían á menos alternar. El rey sin embargo ó no se apercebía de su falta, ó pasó buenamente por las esplicaciones que quisieron darle el ministro y sus allegados. Los grandes sin embargo convencidos de que este paso era declarar abiertamente la guerra al ministro, y por consecuencia á la reina, combinaron su plan de batalla; escribieron á don Juan de Austria, dándole parte de cuanto sucedía, y pidiéndole consejo; tenían ademas sus reuniones, y particularmente en casa del duque de Alba, dando conocimiento de lo que allí se acordaba á don Juan, al conde de Monterrey, al de Benavente y otros nobles que andaban desterrados de la corte; pagaban ocultamente soldados, sostenían espías en palacio, disponían armas, y todo anunciaba cercano el momento de estallar una espantosa guerra civil; porque tambien por parte del ministro se tomaban precauciones, se hacían aproximar tropas sobre Madrid, y se vigilaba de cerca á la grandeza, atribuyéndola planes espantosos contra la persona del rey.

Con algun fundamento ó sin él circulaban por Madrid las noticias mas estravagantes y absurdas. Sin embargo corrió muy válida la voz; de que Valenzuela con sus favorecedores trataba de apoderarse de la persona del rey, y llevarlo al Alcazar de Segovia, con el fin de levantar allí el estandarte real y declarar traidores á todos los que no obedeciesen ciegamente sus órdenes. Este proyecto si no era cierto, tenía algun viso de probable, porque con él lo-

graban salir de la corte, donde el peligro acrecía por momentos y donde el Bastardo don Juan tenía ya formado y organizado un partido formidable; y además ponían al rey en un completo aislamiento, para que no oyese mas consejos que los suyos. Sin embargo no se puso en planta á pesar de que les hubiera sido muy fácil porque ellos lo disponían todo á su arbitrio, y el rey no tenía energía bastante para oponerse á lo que su madre y Valenzuela le indicasen. Pero estas voces que se difundían con rapidez, unidas á las calumnias que cada día inventaban los enemigos del marqués producían una ansiedad y descontento general, que se manifestaba en todas partes de un modo tan evidente que, Valenzuela no podía dudar de lo espantoso de la tempestad que rujía sobre su cabeza.

Por todas partes veía levantarse enemigos, y cada día tenía una prueba mas del odio con que todos le miraban. Hasta el confesor del rey, que lo era entonces el P. Maestro Carbonell del orden de santo Domingo, varon de vida ejemplar, y bastante instruccion, y de quien se creía que no tomaría parte alguna en los asuntos políticos, se declaró abiertamente contra el ministerio, diciéndole al rey sin rodeos: *que si no lanzaba de palacio á Valenzuela y á algunas otras personas, podía buscar quien le absolviese.* Solo una amenaza de esta clase podía hacer titubear al débil monarca, y aunque no ocultó al ministerio lo que el confesor le había dicho, sin embargo la presencia de Valenzuela era incompatible con la tranquilidad de su conciencia. Aunque se hicieron algunas diligencias para ganar al confesor este se mantuvo inflexible: y á los pocos días viendo que Valenzuela seguía en el ministerio, y gozando de la confianza del rey, presentó su dimision, que le fué aceptada. So color de premiar sus servicios le dieron el obispado de Plasencia, mas se negó á admitirlo, diciendo: *por eleccion me meti fraile, como fraile he vivido, y como fraile he de morir.* Este desprendimiento y firmeza aumentó mas la alteracion de conciencia en el rey, que ya miraba con desconfianza á su ministro, y todos los que supieron estos pormenores detestaron de corazon á un hombre reprobado por el anatema de un religioso tan santo é instruido.

Tan repetidas y generales muestras de odio y reprobacion llegaron á convencer á Valenzuela, de que al menos por entonces le era imposible sostenerse en el mando, y trató de retirarse de los negocios por algun tiempo, para dar lugar á que sobreviniera la calma y entonces volver con mas seguridad á su poder y privanza. Para estar prevenido, fuesen prósperos ó adversos los acontecimientos del porvenir; solicitó tanto del rey como de la reina una cédula, en que ambos declarasen bajo su palabra real que los había servido siempre y actualmente los servía como vasallo fiel, leal, y honrado, y que le conservaban en su amistad y aprecio, y ambos se la dieron tan cumplida como pudiera desearla. Asegurado con este documento, comunicó con los reyes su determinacion de retirarse por algun tiempo al Escorial, donde creyó podría estar seguro contra cualquier insulto que se le pensase hacer, ó de donde con mas facilidad podría escapar si las circunstancias lo exigian asi.

II.

En la época en que los asuntos de don Fernando Valenzuela se hallaban en tanto apuro, había venido á Madrid el prior del monasterio del Escorial, que lo era entonces el reverendísimo P. fray Marcos de Herrera, hombre de mucha capacidad, de extraordinaria entereza, y muy conocedor de la corte, en la que tenía bastantes relaciones é influjo con los hombres de todos partidos. El 17 de diciembre de 1676 se hallaba dicho prior en la administracion del nuevo rezado, que estaba entonces en una pequeña casa junto á san Gerónimo del Prado, cuando se le presentó un ayudante de ejército mandándole de parte del rey que al momento se personase en palacio. El prior cumplió al momento lo que se le mandaba, y dentro de poco se ha-

llaba ya en la presencia del rey. Estaba este como demudado y receloso, y su turbacion era extraordinaria. Hincó fray Marcos las rodillas para besar la real mano, y Carlos II sin dar lugar á mas palabras, le dijo: *«le llamo.... te llamo....»* El azoramiento no le dejaba continuar, y como si recelase ser sorprendido en un delito enorme, miraba á todas partes, y escuchaba con atencion al menor ruido. *Continuad, señor,* le dijo el prior, *y desahogad vuestra pena en el pecho de un vasallo, que á nadie cede en lealtad y amor á vuestra real persona, y que está pronto con la comunidad de que es cabeza, á sacrificarse en vuestro servicio.—Si, lo sé.... pero te he mandado llamar.... ¡porque no tengo de quien fiarme mas que de tí!... Quisiera que te llevaras al Escorial á Valenzuela, y que nadie lo sepa.—Cumpliré, señor, los deseos de V. M.* contestó fray Marcos atónito de ver tan apurado al rey, y espero que V. M. se dignará concederme permiso para ponerme á sus reales pies, siempre que sobre este asunto se ofreciese hacerle presente alguna cosa, por la cual pudiese venir algun daño á la casa, cuyo cuidado está á mi cargo. Concedido por Carlos el permiso, el prior se retiró á su posada, discutiendo sobre la escena que acababa de pasarle. Como hombre diestro y entendido procuró informarse menudamente de cuanto se hablaba en los asuntos políticos, y del estado en que estaban los negocios de Valenzuela, y del plan que sus enemigos habían formado para perderle.

Bien informado de todo, volvió el 19 á palacio é hizo presente al rey: que le constaba muy de cierto que muchos hombres de gran influjo y prestigio entre la nobleza, á cuyo frente se hallaba don Juan de Austria, habían jurado destruir el poder de Valenzuela, y prenderle do quiera que se le hallase. «Bien conoce V. M. añadió el prior, «que llevándolo al Escorial, es muy posible que allí le busquen, que se profane el santuario, y se turbe la paz de los sepulcros, donde descansan las venerandas cenizas de vuestros padres y antecesores. Tambien es muy posible, que aquella corporacion tan respetable sea atropellada por los enemigos del marqués, y sufra en lo sucesivo daños de mucha consecuencia. Hasta mi persona quedará espuesta al furor de los que le persigan, mas esto último nada me importaría sin los otros temores. Mas no por esto crea V. M. que rehusó cumplir su encargo, antes al contrario, lo deseo vivamente porque en ello cumplo con la obligacion de servir y obedecer á mi señor y rey, pero creo que ambos extremos pueden conciliarse, si «V. M. tiene á bien darme por escrito la orden de hospedar «en aquella real casa á don Fernando.» Oyó Carlos II las razones espuestas por el prior, y le parecieron justas; y aunque aseguró que castigaria terriblemente á cualquiera que cometiese algun desacato de los que había indicado el prior, le prometió sin embargo darle la orden que solicitaba, y que posteriormente le entregó. La orden estaba toda escrita por el mismo rey, y decía asi:

El rey.—Venerable y devoto padre fray Marcos de Herrera, prior del convento real de san Lorenzo. En caso que don Fernando Valenzuela, marqués de Villa-Sierra vaya á ese convento, os mando le recibais en él, y le aposenteis en los aposentos de palacio, que se le señalaron cuando yo estuve en ese sitio, asistiéndole en todo cuanto hubiese menester para la comodidad y seguridad de su persona y familia, y para lo demas que pudiere ofrecérsele con el particular cuidado y aplicacion que fio de vos, en que me hareis servicio muy grande. De Madrid á 23 de diciembre de 1676.—Yo el rey.

Tranquilo algun tanto el prior con la promesa del rey, continuó visitándole todas las noches, y en ellas tuvo lugar de conocer que una mano oculta hacia cambiar el aspecto de palacio, y que aunque Carlos II tenía deseo y grande interés en salvar á Valenzuela, temía protegerle públicamente, y no se atrevía á oponerse á los intentos de los enemigos del ministro. Siempre que tenía que hablarle de él tomaba mil precauciones para que nadie pudiese es-

cucharlos, hablaba muy bajo, y se manifestaba receloso y turbado. Mas apesar de todas estas precauciones los enemigos de Valenzuela se apercibieron del motivo de las visitas del prior, y se sospecharon que alguna noche le sacarian de palacio para ocultarle y ponerle en salvo. Con este motivo redoblaron su vigilancia sobre el palacio y espiaban con cuidado todos los pasos y acciones del prior.

Una noche que este se detuvo con el rey mas tiempo que el de costumbre, creyeron que era la destinada para salvar al ministro, y dos hombres armados de carabinas se apostaron á la salida de palacio por donde tenia que pasar el coche. En efecto, fray Marcos y su compañero salieron ya muy tarde en un carruaje de la real casa. Los apostados tuvieron sus carabinas apuntadas, pero sea por temor de causar algun alboroto con los tiros, ó porque la mucha oscuridad de la noche les impedia dar el golpe en seguro sobre su víctima, se contuvieron y siguieron el coche hasta el nuevo rezado, donde se convencieron de que solo venian en él los dos monges.

Volvió el prior al dia siguiente á ver al rey, y este le dijo con mucho sigilo: *tomad la órden, y tenedlo todo prevenido, que yo os daré aviso secreto de cuando ha de verificarse la fuga de Valenzuela.* El prior le aseguró que estaba todo dispuesto para cuando S. M. ordenase, y se retiró á su cuarto de san Gerónimo. Se hallaba en él al dia siguiente que era la vigilia de la Natividad, cuando recibió dentro de un pequeño nudo hecho en un pedacito de cinta un pequenísimo papel, en que estaban escritas de mano del mismo rey estas solas palabras: *mañana al amanecer*; y no quedándole duda de que á aquella hora saldria Valenzuela estubo dispuesto para marchar.

La mañana del 25, era una de aquellas en que el invierno se manifiesta con toda su crudeza. El frio era intensísimo, la niebla tan espesa que apenas permitia distinguir el camino, y el agua que caia á torrentes inundaba las calles de la capital, por la cual todavia no andaba ni un solo habitante. Casi á un mismo tiempo partian los dos carruages, el de fray Marcos que salia del nuevo rezado, y tomaba el camino de Torrelodones; y el del desgraciado ministro que salia de palacio tomando la direccion del real sitio del Pardo. Acompañaban á Valenzuela en esta triste fuga don Alonso de Herreros caballero del hábito de Santiago, secretario de S. M. y oficial mayor de la secretaria de estado, y don Pedro de Coloma, y además una escolta de veinte caballos. Indecibles son los trabajos que ambos carruages pasaron dirigiéndose al Escorial por caminos estraviados, mil veces estuvieron espuestos á volcar y hacerse pedazos; los arroyos que con el terrible aguacero venian muy crecidos, les impedian á cada paso continuar su camino, y solo el deseo en uno de salvarse, y en otro de cumplir su empeño, les decidia á vadearlos, entrándoles muchas veces el agua dentro de los coches; mas á pesar de tantos peligros los dos llegaron al monasterio en aquel mismo dia aun que sin haberse alcanzado en todo el camino.

Aun que Valenzuela no podia prometerse muchos obsequios de fray Marcos, á quien habia incomodado mucho durante su privanza, entablando pleito para despojar á aquella comunidad de la posesion de parte de sus bosques, encontró sin embargo en él un verdadero amigo, y un protector tan decidido como adelante se verá. Al momento que llegó, mandó segun la órden del rey, aposentarle en la parte de palacio que antes habia ocupado el príncipe Baltasar Carlos, le proveyó de cuanto podia contribuir á su regalo y comodidad, y le acompañaba muchos ratos ya en su habitacion ya en paseo, haciendo con su amena conversacion, que olvidase algun tanto los disgustos que le aquejaban. A pocos dias se le unió su esposa doña Maria de Uceda con sus hijos, que eran una niña pequenita y un niño de poco mas de ocho meses; y la compañía de su familia, la sincera amistad del buen prior, y sobre todo las continuas comunicaciones que recibia de [parte del rey, asegurándole que estaba bajo su real proteccion, y que

nada tenia que temer, aunque don Juan de Austria entrase en la corte; mitigaban algun tanto su profunda afliccion, y comenzaban á proporcionarle una vida muy retirada si, pero bastante tranquila.

Inconcebible parece la conducta que Carlos II observaba en este asunto, y solo se puede explicar convenciéndose de su ineptitud y debilidad de carácter. Al mismo tiempo que daba á Valenzuela tantas seguridades, y aun desde el mismo momento que se habia separado de él, habia convenido con la reina su madre, que el único modo de calmar la agitacion de las pasiones, de acallar y contener á los grandes, y de transigir con las exigencias de todos, era llamar á don Juan de Austria para que como primer ministro le ayudase en los asuntos de gobierno; y se hizo esto con tanta premura que á los dos dias de la salida de Valenzuela escribió á don Juan la carta siguiente.

«Don Juan de Austria mi hermano; habiendo llegado á las cosas universales de la monarquía á términos de necessitar de toda mi aplicacion, dando cobro ejecutivo á las mayores importancias en que os hallo interesado, debiendo fiar de vos la mayor parte de mis resoluciones, he resuelto ordenaros vengais sin dilacion alguna á asistirme en tan grave peso, como lo espero de vuestro celo á mi servicio, cumpliendo en todas las circunstancias de la jornada, que es tan propia de vuestras obligaciones. Nuestro Señor os guarde como deseo. Madrid y diciembre 27 de 1676.—Yo el rey.—Por mandado de S. M.: Gerónimo de Guia.»

Tambien la reina escribió con la misma fecha á don Juan la carta siguiente:

«Don Juan mi primo: el rey mi hijo ha resuelto, como entenderéis por la que os escribe, que vengais luego á asistirle al espediente de los negocios universales, y yo he querido deciros, de cuanto agrado y gusto me será que lo ejecuteis con la brevedad que solicita el estado de las cosas de la monarquía, como lo fio de vuestro celo é intencion, pudiendo aseguraros que siempre atenderé á todo lo que fuere de vuestra satisfaccion. Nuestro Señor os guarde como deseo. Madrid y diciembre 27 de 1676.—Yo la reina.—Por mandado de S. M.: Gerónimo de Guia.»

Claro es que la reina obraba entonces obligada por las circunstancias, pues conocia muy bien el odio que don Juan tenia á ella y á sus hechuras; pero el rey incapaz de obrar por intriga ni por pasion, con la misma buena fé sostenia las esperanzas de Valenzuela, que llamaba á su lado á don Juan; guiándose solo por los dichos de los que le rodeaban, pero sin calcular nada de las consecuencias. Porque si no fuese así cómo era posible que ofreciese seguridades al ministro caido, cuando iba á entregar el gobierno en manos de su mayor y mas irreconciliable enemigo?

Por esta misma disposicion á hacer cuanto le aconsejaban, en la noche del 14 de enero despues de haberse separado de su augusta madre á las once de la noche, y acostados en palacio; á la una volvió á vestirse, y acompañado del duque de Medinaceli, de los condes de Medelín y Talara y otros, se fué al Retiro donde el príncipe de Astillano y otros muchos señores amigos de don Juan de Austria le estaban esperando y le tenian prevenida una rica cama, donde el jóven rey se acostó tranquilo. Los amigos del bastardo habian separado al rey del lado de su madre, y estaban seguros de que haria cuante ellos le indicasen hasta que viniese don Juan á ser el rey en la realidad, aunque Carlos II lo fuese en el nombre. La reina madre nada supo hasta las nueve de la mañana del dia siguiente en que el padre Moya, que era su confesor, le dió tan desagradable noticia. Fácil es comprender la sorpresa y sentimiento que experimentaria con tan fatal nueva, pero ya no tenia remedio, y entonces comprendió el abismo que se abria delante de sí, y los amargos sinsabores que la esperaban en lo sucesivo.

El marqués de Villa-Sierra, que todavía conservaba en el Escorial alguna esperanza, apoyada en las repetidas protestas del rey de que le mantenía en su gracia, y de que nada le sucedería, había comenzado ya á dudar de la sinceridad de estas promesas, cuando la noticia de la fuga del rey de palacio, y de haberse entregado en el Retiro á los partidarios de don Juan, acabó de desconcertarle del todo. Dudaba si huiria ó si permanecería en el Escorial bajo la salvaguardia de la real palabra. Lo primero era manifestarse reo, desconfiar del rey, y esponerse á ser preso en la fuga, y empeorar su causa; lo segundo le ponía absolutamente á disposicion de don Juan que seguramente no desaprovecharía la ocasion de descargar sobre él todo el furor de su venganza.

En efecto no se engañaba el desgraciado ministro. El bastardo don Juan que desde Zaragoza marchaba sobre Madrid, acompañado de muchos caballeros sus favorecedores y amigos y de bastante tropa, se ocupaba ya en los proyectos de su venganza, que principalmente tenía por

objeto á Valenzuela. Para impedir que este pudiese ponerse en salvo, y haciéndosele ya tarde para tenerlo en su poder, desde la villa de Hila comisionó al duque de Medina Sidonia y á don Antonio de Toledo hijo primogénito del duque de Alba, para que fuesen al Escorial y á toda costa prendiesen á Valenzuela. El odio contra este, y mucho mas el deseo de adular y complacer á don Juan, hizo que se ofreciesen para esta expedicion, y que fuesen á ejecutarla, el marqués de Falces, don Luis de Peralta, el conde de Fuentes, el marqués de Valparaiso y su hermano, y don Bernardino Sarmiento á quien el ministro caído había favorecido mucho, y á quien recientemente había confiado el mando de la artillería de Cataluña. Llevaban ademas para su defensa quinientos buenos caballos al mando del capitán Pedro Monforte, hombre valiente y arrojado. Aprendan los poderosos en este ejemplo si los amigos y aduladores, que los rodean y complacen lo son suyos ó de su fortuna ¡Ah cuán pocos quedan despues de la caída!

(Se continuará.)

GLORIAS DE ESPAÑA.

TRAJANO AUGUSTO.

I.



a España que fué por tantos años la mas rica y la mas codiciada de todas las provincias del imperio romano, estaba destinada á dar algun dia la ley á sus mismos vencedores y á dominar por fin en el solio imperial en la persona de uno de sus hijos, que fué tambien el mejor de los emperadores.

Nerva, cuyo mando fué caracterizado por su notoria debilidad, proporcionó sin embargo los beneficios de la paz á las dilatadas provincias del imperio, y abrió los manantiales de la prosperidad en la península; pero lo mejor que hizo y lo que mereció el agradecimiento de todo el imperio, fué el haber adoptado para que le sucediese en él á un español, á TRAJANO.

Itálica (Sevilla la vieja), fué la cuna de este hombre esclarecido en quien se unieron á la vez el verdadero valor, la profunda sabiduria y la sencillez mas notable. Cuando le llegó la noticia de su reconocimiento por el senado, por el pueblo y por las tropas, se hallaba mandando las legiones de la baja Germania, y no se apartó de los márgenes del Danubio, hasta dejar intimidados y aterrados á los bárbaros que amagaban á la antigua monarquía de los Césares, como preludio de aquella poderosa invasion que la habia de aniquilar.

En el momento en que dejó Trajano algun tanto las fatigas de la guerra para dedicarse á los cuidados del gobierno, la justicia y la moderacion de sus leyes volvieron

al pueblo romano sus virtudes antiguas. La soldadesca romana fué perdiendo aquella ferocidad que la hacia ser el terror mas bien que el amparo de sus mismos compatriotas, y los impuestos empezaron á repartirse con igualdad en todas las provincias del imperio.

Trajano entrando en Roma á pié y casi sin escolta, dió á los asombrados habitantes de la capital del universo, el ejemplo de una moderacion no vista en ningun emperador. El mismo dia de su entrada y en presencia de todo el pueblo, Trajano entregó una espada al prefecto de Roma y le dijo:

—Toma esta espada: si gobierno segun las leyes de la justicia, esgrimela por mí; pero si me abandono á la tiranía, esgrimela contra mí.

II.

Habia Nerva, para captarse la voluntad del pueblo, hecho fijar sobre la puerta del palacio imperial la inscripcion de *Palacio público*, y á Trajano estaba reservado justificar esta inscripcion abriendo el palacio á todos los ciudadanos, incluso aquellos que podian inspirarle alguna desconfianza. No contento con esto, solia ir como un simple particular á casa de los principales ciudadanos, desarrollando con tal muestra de confianza el mas envejecido rencor.

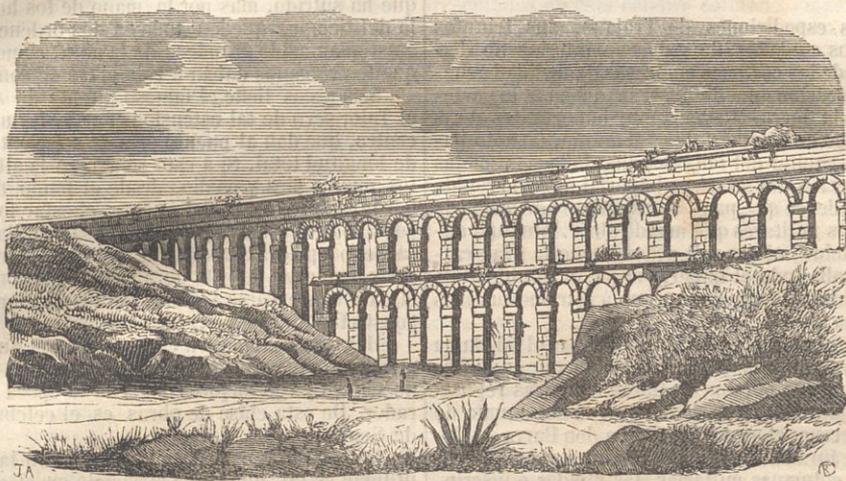
Ya desde los primeros actos del gobierno imperial conoció lo que habia de ser Trajano. La costumbre, en apariencia voluntaria, pero en realidad contribucion forzada, de admitir regalos de las provincias al advenimiento de cada emperador, fué abolida por Trajano, que no tratando de enriquecer á Roma á costa de las provincias, repartió con igualdad en todas ellas la gratificacion que los emperadores tambien solian dar. Concediendo el permiso de la circulacion de granos, hizo que la abundancia reinase en todas partes, hasta el estremo de que Roma pudiese socorrer al mismo Egipto, que habia sido hasta entonces el granero del imperio, y que esperimentó á su vez los rigores del hambre, por la insuficiencia de la crecida del Nilo, que es el que fertiliza sus tierras.

Lejos de aumentar, disminuyó las contribuciones del pueblo, y sin confiscar, como habian hecho los primeros Césares, los palacios, jardines y casas de campo de los ciudadanos, vendió muchas de estas posesiones, lo que unido

al orden y economía de la casa imperial, le permitió aumentar sus rentas, introducir el orden en la administracion y no agrabar al pueblo con nuevos impuestos.

Uno de los grandes deseos de Trajano, fué restablecer las antiguas formas de gobierno de los primeros tiempos de la república, queriendo que no se le considerase mas que como un general de ella. La magistratura que tanta consideracion habia perdido, volvió á cobrar todo su prestigio, desde que el mismo Trajano quiso ser magistrado, sujetándose á las formalidades de la eleccion y esperando sus resultados en el campo de Marte confundido entre los de-

mas candidatos. Cuando tenia que proveer los destinos, cuidaba de que no recayesen en personas indignas, y que los agraciados, como garantia de su conducta, tuviesen posesiones en Italia. A los que tuvieron la audacia de presentarse como delatores, los envió á ejercer su infame oficio á remotas y desiertas islas, y para complemento de su acerada conducta, al fin del tercer consulado se presentó en la tribuna de las arengas, delante del pueblo de Roma reunido, y allí juró públicamente que nada habia hecho en contra de las leyes del imperio.



Aqueducto de Tarragona.

III.

Los cuidados del gobierno y las providencias, que solo pueden dar sazonados frutos á la sombra bienhechora de la paz, no distraian á Trajano de los urgentes cuidados de la guerra. Se puede asegurar que la época de su dominio fué la mas belicosa de cuantas Roma habia conocido hasta entonces, ó por lo menos, en la que las armas romanas volvieron á recobrar su antigua preponderancia. Los bárbaros del norte, que como feroces aves de rapiña se preparaban á caer sobre las fértiles posesiones del imperio, hubieron de suspender su funesta invasion, contenidos por el inusitado vigor de los súbditos del monarca español.

La belicosa nacion de los dacios habia extendido sus conquistas hasta las mismas márgenes del Danubio, y ya solo faltaba que sus feroces guerreros pasasen este rio y se internasen por las provincias romanas. Domiciano habia podido sustraerse de esta plaga, suscribiendo á pagar un vergonzoso tributo, que Decébal, gefe de los dacios, tuvo despues audacia para reclamar de Trajano. Marchó el emperador al frente de sus legiones á llevarle la respuesta y le rechazó de victoria en victoria, hasta los mismos confines de la Transilvania. La Dacia quedó en 106 reducida á provincia romana y sus orgullosos habitantes tuvieron que enviar sus embajadores á Trajano pidiéndole la paz, y él con arreglo á su política, los hizo ir hasta Roma para que el senado ratificase el pacto que con ellos habia establecido.

Aseguradas las fronteras del Danubio con estas victorias y no dando cuidado ya las del Rin con la sumision de Civilis, era llegada la hora de atravesar las del Eufrates para sosegar los disturbios que se originaron sobre la investidura del reino de Armenia, que pretendian los romanos por una parte, y Cosroes rey de los partos, por la otra. En vano Cosroes se habia anticipado á colocar en el trono á un hermano suyo, fué este destronado por Trajano, que

dueño de la Armenia y de Edesa, estuvo á punto de aniquilar el imperio de los partos. Todos los pueblos que habitaban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio vinieron á quedar despues sometidos á Trajano, que coronaba estas victorias con la conquista de la Arabia Petrea, hecha por uno de sus generales.

Otra nueva guerra contra los partos le hizo atravesar el Tigris y combatir en los campos de Arbela, donde Dario y Alejandro habian disputado en otro tiempo el imperio de Asia. Sus expediciones á Babilonia, al sud de la Mesopotamia y hasta el golfo Pérsico, los sitios de Susa y Ctesiphon y la conquista de la Arabia Feliz, son otros tantos laureles de la corona de Trajano, realizados con la clemencia que acompañaba á sus victorias.

La última de sus militares expediciones y en la que al fin le sorprendió la muerte año de 117, fué la destinada á reprimir la insurreccion de los judios, que ardian en deseos de vengarse y de recobrar su independecia, desde que tan horriblemente fueron tratados por Tito, hijo del emperador Vespasiano. Por esta causa la reaccion del pueblo judaico fué acompañada de indecibles atrocidades, hasta el extremo de que en Cyrene, en la isla de Chipre y en Egipto, serraban vivos á lo largo del cuerpo y despedazaban con tenazas enrojecidas al fuego á los romanos que caian en su poder.

En los castigos que decretó Trajano contra los rebeldes judios fueron confundidos por los gobernadores de las provincias, asi los judios como los cristianos, á pesar de que estos ni habian tomado parte en la rebelion, ni podian mirar sin horror á los primeros. Por esta causa la sangre de los mártires corrió en abundancia, imputando con algun fundamento esta mancha los historiadores á Trajano, porque en su tiempo se verificó la tercera persecucion contra el cristianismo. Consta sin embargo por sus cartas á Plinio gobernador de Bitinia, que su voluntad era que no se molestase á los eristianos, que no se les fuese á buscar en el

retiro de sus casas, ni se admitiesen delaciones contra ellos, y que solo fuesen castigados cuando por sí buscasen ocasion de castigo y llegara el caso de negarse á ofrecer incienso á los dioses del imperio. En todo esto se ve á Trajano ceder á poderosas razones políticas, mas bien que á profundas convicciones religiosas y en medio de la intolerancia de la época, no podía ser otra la conducta de este emperador español, de quien en tiempos modernos ha dicho Montesquieu, «que habia nacido para honrar la naturaleza humana y ser una imagen de la divinidad en la tierra.»

IV.

Las gloriosas expediciones de Trajano, sus triunfos en la guerra y los cuidados de gobierno interior no distraian su ánimo de las costosas empresas de utilidad general, ni de la proteccion que de justicia deben á las artes los poderosos de la tierra. Muchas y muy importantes obras se llevaron á cabo en la época de su dominio, no solo para embellecer la capital del imperio, sino las mas remotas provincias. La accion del gobierno imperial fué mas rápida y mas ejecutiva, desde que pudo transmitirse por medio de los caminos ó vias militares que mandó abrir. Ninguno entre estos mas célebre, ni tan util acaso, como la gran calzada que atravesaba todo el imperio desde el Ponto Euxino hasta las Galias, uniendo de extremo á extremo sus mas remotos confines.

La España, su querida patria, no podía ser olvidada en esta profusion de grandezas artísticas, así es que en la Península se cuentan una porcion de obras inmensas reputadas como de Trajano. El circo de Itálica, la columnata de Zalamea de la Serena, el arco de la Torre den Barra en Cataluña, el monte Jurado en Galicia, la famosa via argentea, las estatuas, las columnas millarias, las lápidas é inscripciones que se han encontrado y se encuentran todavía en

varios puntos de España, dan á entender el esplendor á que se habia propuesto elevarla su esclarecido hijo.

Los puentes y acueductos eran obras en que los romanos ponian particular esmero, y Trajano que ya se habia hecho célebre por el puente que mandó construir sobre el Danubio, nos dejó en la Península las mas preciosas antigüedades que en todo el mundo se conservan en este género.

El llamado vulgarmente *Puente de las ferreras* en Cataluña, no es otra cosa mas que el grandioso acueducto que fué construido en la época de Trajano, para conducir aguas á Tarragona y del que á pesar de los deterioros que ha sufrido, mas por la mano de los hombres, que por la del tiempo, quedan todavía dos órdenes de arcos que atestiguan así la grandeza de la obra, como la importancia que los romanos daban á esta clase de construcciones.

Seis arcos tiene el famoso puente de Alcántara sobre el Tajo; pero de tal estension, particularmente los dos del centro, que dan al puente mas de seiscientos ochenta pies de longitud total. Si á esto se agrega la altura de doscientos cuatro pies y medio, desde el fondo del rio, hasta el borde del parapeto del puente, el estar formado así este como el arco y torrecillas de colosales sillares de granito cárdeno ó piedra berroqueña, se comprenderá la importancia y grandeza de esta obra, realizadas con la circunstancia de conservarse legibles las inscripciones por las que consta fué debida á Trajano Augusto.

Hay por último otra clase de obras que tambien se le atribuyen y que si no son suyas, tampoco se pueden fijar de seguro y con mejores datos en la época de otro emperador. De esta clase de obras es el celebrado acueducto de Segovia.

Compiten en esta obra la solidez con la elegancia, y su utilidad es tal, que sigue sirviendo en el día para el mismo fin que fué construido, cual es el de surtir de aguas



Acueducto de Segovia.

potables á la ciudad. Consta esta obra maravillosa de ciento sesenta y un arcos, habiendo dos órdenes de ellos en la parte mas baja del terreno ó sea del valle que se forma en el arrabal. Todos ellos son de granito cárdeno, con la notable circunstancia de que los sillares están unidos sólidamente entre sí, sin argamasa, cal, betun, ni mezcla de ninguna especie. La mayor altura del acueducto es de noventa y cinco pies, por dos mil quinientos cuarenta de longitud, todo lo que constituye una mole grandiosa que llena de asombro á cuantos la miran.

Si á estas obras artísticas de Trajano, se añaden los beneficios que dispensó á todas las provincias de su imperio, las escuelas que estableció y las rentas de su patrimonio que destinó para criar los niños pobres de ambos sexos, se conocerá cuan justo motivo tuvieron los pueblos agradecidos, para fijar en las lápidas que han erigido á su memoria, estas palabras: *Optimo principi*.

V.

No es solo en sus victorias, en sus virtudes morales y en las obras de utilidad pública que costó, donde nos ha quedado consignada la memoria de Trajano; tambien se conserva en otras muchas que le fueron dedicadas. Erigieronse arcos en varios puntos en honor suyo, y Mérida conserva uno entre sus preciosas antigüedades de la época romana.

Tal vez sea este el único monumento de su especie en que se hallen en buen estado de conservación sus primitivos adornos, cuales son dos bellas estatuas de marmol blanco sobre sus pedestales, en los huecos de los machones que sostienen sus arcos.

Tambien subsiste hoy dia y erguida sobre su pedestal, esa famosa columna de Trajano, que es una de las maravillas de la capital del mundo cristiano y que ha servido de modelo á las columnas triunfadoras que se han erigido despues de ella. Trajano fué el primer emperador que

mereció ser enterrado en Roma, y sus cenizas contenidas en una urna de oro y su estatua de bronce dorado fueron colocadas en esta soberbia columna de ciento treinta y dos pies de altura. Búsquese un poema escrito en piedra, una representacion exacta de lo que eran los romanos y sus enemigos en aquella época y se encontrará en el magnifico bajo relieve que circuyendo á manera de helice la columna, da veinte y tres vueltas al rededor de ella desde la base hasta el capitel. Cuéntanse en este bajo relieve sobre dos mil quinientas figuras de dos pies de alto, y no hay acontecimiento importante, ni hazaña memorable de la guerra de Trajano contra los dacios que no se hallen representados en esta célebre columna, empezada á levantar cuando el emperador se ocupaba en dicha guerra. Súbese á la pequeña plataforma en que termina esta columna y desde donde se goza una vista deliciosa, por una escalera interior que sigue todas las revueltas del bajo relieve. La estatua de Trajano fué sustituida por Sisto V con la del príncipe de los apóstoles.

Creese que el arquitecto que dirigió esta columna fué Apolodoro, de cuyo célebre artista es tambien otro monumento de selecta arquitectura con que se envanece la Italia, y este es el arco de Trajano en Ancona.

Habia hecho el ilustre monarca abundar y habilitar el puerto de Ancona, y bien fuese como parte de esta obra colosal, bien como prueba de gratitud al que la costeara, se erigió este arco gracioso, todo de marmol blanco y que por su belleza forma extraño contraste con lo demas de la ciudad.

Bastaria á la verdad este último monumento para dar una idea de la grandeza romana, y para perpetuar la memoria de Trajano; pero entre todos los monumentos que nos conservan su grato recuerdo ninguno tan interesante como la columna que es á la vez un objeto de admiracion para el anticuario, un libro abierto para el historiador y un modelo para e artista.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



Arco de Trajano en Ancona.

COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

DEL ORIGEN DE LAS MASCARAS,

SU PROPAGACION

Y SU CONSERVACION HASTA NUESTROS DIAS.

Perteneciendo las máscaras al teatro de los antiguos, están como todo lo que tiene relacion con él, envuelto en las mas densas tinieblas, por lo tanto, me limitaré á dar á conocer lo poco que sobre esta materia nos dicen los autores griegos y latinos.

Todos los dramas que hacen la diversion de las populosas ciudades, han tenido su nacimiento en el campo. La tragedia no fué en su principio sino un himno en honor de Baco cantado por una turba de aldeanos en tiempo de las vendimias, los cuales se teñian el rostro con las heces de el vino: este fué sin duda el verdadero origen de las máscaras. Para desfigurarse en estas fiestas, inventaron, segun Millin, de papiro ó de otra materia ligera, una especie de caretas, las que despues se hicieron con las hojas de la planta llamada *arction*, que es nuestro lampazo, la cual fué llamada *Personata* por el uso que se hacia de ella; Virgilio dice que sirvió tambien para el propio objeto la corteza de los árboles.

Esquilo, que sino fué el autor de la tragedia, la estableció en un teatro fijo construido por Agatargue, dió á los actores unas caretas para salir á los espectáculos, por que siguiendo la opinion de Horacio, la invencion de las máscaras perfeccionadas, se debe al fecundo ingenio de *Esquilo*: pero *Suidas* y *Ateneo* conceden este honor á *Cherilo* poeta trágico posterior á aquel. El mismo *Suidas* asegura tambien, que el poeta *Phrynicó*, fué el primero que presentó en el teatro la careta de muger, y *Neofron* de Sicilia, la de un pedagogo. *Ateneo* refiere que *Maison* actor de Megara, introdujo las máscaras cómicas de criados, y *Pausanias* concediendo tambien la invencion á *Esquilo*, asegura que usó de caretas feas y espantosas en su pieza de las *Euménides*, y que *Eurípides* presentó caretas con serpientes sobre su cabeza por el mismo tiempo. Hay autores que quieren que *Hermón* fuese el inventor de las máscaras; pero estos equivocan la invencion principal con las que llevan el nombre de *Hermoneyas* que eran unas con barba muy poblada y calvas por delante, ó enteramente calvas y con las cejas fruncidas. Los griegos llamaban *Prosopoeia*, á las máscaras que representaban las personas al natural, *Marmoligieia*, las que servían para figurar las sombras de los muertos y eran algo espantosas; *Gorgonesia*, las que inspiraban terror, y representaban las furias; *Orguestrica*, las que usaban los bailarines; y *Pantomimicas*, las que eran de un aspecto y proporciones regulares y graciosas. Entre los antiguos para todo espectáculo, salia el actor con careta ó máscara, estas eran huecas, y cubrian toda la cabeza, y segun *Aulo Gelio* y *Boecio*, servia para aumentar el sonido de la voz, pero toda la parte que cubria ó cogia la cara, podia levantarse sobre la cabeza cuando el actor cesaba de representar ó queria respirar con libertad. Al leer esto se nota que las caretas en los cómicos harian perder al espectador el placer de ver pintarse las pasiones sobre el rostro del actor, pero es necesario que atendamos á que los teatros de los antiguos eran tan vastos, que habia una gran distancia entre los espectadores mas cercanos y los actores, por lo que los que ocupaban las últimas gra-

das jamás hubieran gozado del insinuado placer é ilusion. La declamacion de la tragedia antigua, exigia una fuerza de pulmon que la naturaleza concede raramente á las mugeres, y por lo tanto teniendo que hacer su papel los hombres, solo podia ejecutarse este cambio visual, por medio de las máscaras.

El uso de las máscaras fué muy frecuente en las ceremonias religiosas de ciertos dioses. En las Saturnales se daba licencia á los esclavos y se les permitia bailar por las calles con el rostro pintado con hollin. Las fiestas de Baco, segun muchos escritores, entre ellos Virgilio y Ovidio, se celebraban coronándose de yedra y sirviéndose de máscaras. Los monumentos confirman los dichos de los escritores y poetas, y en una fiesta de Baco representada en un bajo relieve en el tomo II de la Antigüedad esplicada, por *Montfaucon*, se ven figuras enmascaradas, y cuatro caretas puestas sobre una mesa al redor de la cual se hallan un hombre y una muger. En la real biblioteca de esta corte existe una pequeña estatua de bronce, que representa un sacerdote de Baco enmascarado; en fin, en una piedra grabada del gabinete de *Maffei*, en muchas del de Madrid, y en el soberbio vaso de san Dionisio en París, se ven máscaras que confirman la opinion de *Plutarco* que las hace privativas de Baco. Sin embargo, *Ovidio* y *Censorino* dicen: que los dias que se celebraban las fiestas de *Minerva*, se corria las calles con una máscara en el rostro. *Herodiano* asegura que en las fiestas de *Cibeles*, todos los ciudadanos tenian libertad de disfrazarse como quisieran, imitando todas las dignidades, con cuyo disfraz se atentó á la vida del emperador *Comodo*, y *Apuleo* afirma que se usaron máscaras en las fiestas de *Isis* y diosa de la Siria. A estas fiestas, hacen relacion las medallas con máscaras en el reverso que posee la biblioteca de Madrid, pertenecientes á *Neapolis* en Macedonia, *Populonium* en Etruria, *Abydiis* en Troade, *Causarina* y *Mazara* en Sicilia, y otras de *Tracia* y Macedonia. Las máscaras se ven tambien en las medallas de la familia *Vibia*, y hacen referencia á los juegos que *Vivio Pausa*, hizo celebrar en Roma en honor de Baco y *Ceres*, en el tiempo que fué edil-curul.

Diodoro de Sicilia, asegura que en ciertas ceremonias los reyes de Egipto se cubrian el rostro con figuras de leon, de leopardo y de lobo; y añade que los sacerdotes destinados á cuidar los animales sagrados, no se presentaban jamás en publico, sino con las señales distintivas de sus cargos. Estas señales eran una máscara que imitaba la figura del animal confiado á su custodia. Los egipcios cubrian la cara de las momias con una máscara encañada ó dorada.

Dionisio de Halicarnaso, *Demóstenes* y *Ulpiano* dicen que se acostumbró á usar de las máscaras en los triunfos y pompas públicas y que esta costumbre fué consecuencia de la libertad concedida á los soldados, de cantar versos satíricos al triunfador. Tambien se sirvieron de máscaras en ciertos festines; *Ateneo* dice que *Alejandro el Grande* se presentó en algunos convites disfrazado, unas veces de *Júpiter Hammon*, y otras de *Mercurio*, *Hércules* y aun de *Diana*; *Suetonio* afirma que *Augusto* se presentó en traje de *Apolo* en un convite que dió á sus amigos, los que tambien asistieron disfrazados en divinidades. El mismo autor dice, que *Neron* se disfrazaba muchas veces y aun representaba, y que cuando queria parecer á un dios, ó á un heroe, llevaba una careta análoga á la persona que figuraba; pero cuando le daba la mania de figurar á una

diosa ó heroína, la máscara de que usaba, era un retrato de la muger que entonces poseía su corazón. Se han hallado máscaras de arcilla en algunos sepulcros antiguos, las que eran un modelo sacado de la cara del difunto en cuanto fallecían. Algunos autores dicen que los sepulcros donde se han encontrado estas máscaras, serian de cómicos y que estos eran los atributos de su profesion; pero no es creible atendiendo al gran número de sepulcros en que se encuentran, y mas bien serán una señal del culto de Baco y de estar el muerto iniciado en sus misterios. En la actualidad se ven en algunas iglesias cristianas caretas de santos, entre ellas una en Nápoles, donde se tiene espuesta á la veneracion del público la máscara de un teatino.

La máscara y el vestido de arlequin, son restos de las primeras representaciones teatrales. Los pantomimicos eran unos actores que como hoy representaban con solo gestos, es decir que manifestaban con sus ademanes lo que deberían hablar, estos se presentaban en el teatro antiguo con el rostro ennegrecido, y entre ellos habia uno que se presentaba con un vestido de pedazos de tela de diferentes colores y la cabeza afeitada, al que llamaban *Saunion* que nosotros diriamos, *bufon*, *payaso*, ó *botarga*: Ciceron dice del Saunion de su tiempo, que su voz, persona y gestos, era lo que habia de mas ridiculo en el mundo. En Italia al presente se llaman *Zauni* los arlequines, nombre derivado de Saunion. Los papeles grotescos y bufones se han conservado desde el tiempo de la república hasta nuestros días; pero esto no es admirable pues la barbarie que puede apagar todas las luces del entendimiento, ahogar todas las semillas del buen gusto, y borrar hasta la sombra de las artes, nada puede contra los usos que divierten y hacen reír al pueblo, por escesia que sea su ignorancia y groseria; este es el verdadero motivo de llegar las máscaras á nuestra era lo mismo que otros objetos de diversion, al paso que se sumieron todas las bellezas artísticas y civiles entre las ruinas de las ciudades de Grecia é Italia civilizada, que fueron su cuna.

Las máscaras han sido usadas tambien para la comodidad por el bello sexo. *Popea* muger de Neron, inventó una careta hecha con una pasta de harina de trigo y leche para conservar la finura del cutis. Hace tres siglos que á imitacion de las matronas romanas, introdujeron las señoras modernas caretas de terciopelo para el mismo objeto, lo que fué tan comun en Francia en tiempo de Catalina de Médicis, que no salian de casa las señoras sin la careta.

Cuando con la restauracion de las artes, empezó la Italia á civilizarse, reprodujo algunas de sus antiguas costumbres, y los palacios de Florencia y en particular los de los famosos Médicis, dieron entrada á las máscaras en las épocas del bullicioso carnaval. Introducidas de nuevo las máscaras en toda Italia en el siglo XVI, no sirvieron ya como antes para hacer parte de una fiesta religiosa, sino para diversion de todas las clases, y grandiosidad de los bailes públicos y privados del carnaval, en los que aparecian los trages antiguos y modernos de todas las naciones conocidas.

Entre los pueblos de Italia, ninguno se distinguió tanto por la magnificencia de este espectáculo como *Venecia* en tiempo de su república; pues siendo preciso á este gobierno inquisitorial ejercer su atroz despotismo con apariencias de libertad, concedió al público un prolongado carnaval en el que todas las naciones vecinas iban á divertirse, no sin riesgo de sufrir las asechanzas del feroz senado, cuya indole ha sabido retratar con tan finos colores y diestro pincel el Sr. *Martinez de la Rosa* en su drama de la Conjuracion de Venecia, y el autor del *Angelo de Padua*. Los carnavales de Venecia, Roma y Milan son sin duda en los que las máscaras tienen sentada su silla imperial, cosa que no podrá menos de confesar el que habiendo corrido los demás paises, haya pasado un carnaval en los espresados puntos.

De la bulliciosa Italia pasó la costumbre de los bailes

de máscaras, tal y cual hoy se usan, á Francia por los años 1578, habiendo sido la gala de la caballeresca corte del siglo de Luis XIV muy particularmente, y de esta nacion fueron introduciéndose en Inglaterra, cuyos moradores perfeccionaron el espectáculo estraordinariamente y le han conducido con las glorias marítimas de Albion á todos los paises de la tierra.

Sujeta la España al dominio de los romanos, y por consiguiente siguiendo como provincia suya los ritos y costumbres de los señores del mundo, en particular los pueblos coloniales fundados por sus legiones, es creible que las máscaras, tal como ellos las usaron se practicasen en nuestro pais, en el que se extinguirian, como todo lo perteneciente á la religion de los antiguos, al empezar el cristianismo y enteramente en la invasion de los godos y suevos. Aborreciendo estos cuanto tenia relacion con aquellos pueblos, por que su supersticion les cegaba de tal manera que las costumbres mas sencillas de la vida comun, las tomaron por objeto de culto idólatra, pusieron su conato en separarse cuanto pudieran de los usos de sus enemigos, y esta es la razon por que no consta se hubiesen practicado las máscaras en los primeros tiempos de su dominacion en España.

Si se atiende á que en la época de la conquista de los árabes, se ven citadas mascaradas en sus manuscritos con relacion á las ciudades de Granada, Sevilla y Córdoba, puede concebirse que ellos fueron los que resucitasen esta costumbre en la Bética; pero siempre negaré que fuesen sus inventores como quiere un autor (1). Sin embargo debo observar lo que se opone la religion de Mahoma y el testo del Corán á toda esta clase de diversiones en que se confunden los dos sexos, si bien se me podrá contestar, que los *Muzlimes* españoles, si se ha de creer lo que de ellos nos han dejado escrito estimables autores, desmintieron del fanatismo religioso que se les atribuye, y se separaron, casi del todo, de las costumbres que habian practicado en Africa y á las que volvieron cuando los españoles les lanzaron á las abrasadas arenas del Africa. Los árabes por otro lado, apreciaron tanto algunas cosas de los griegos y romanos, que llegaron hasta traducir sus obras, de suerte que cuando la Europa, Asia y Africa en el siglo VIII, yacian en la mas estúpida ignorancia, y los griegos no entendian ó habian olvidado su lengua primitiva, ellos devolvieron á la república de las letras sus clásicos, vertidos en su idioma, cuyas bellas doctrinas enseñaban en sus universidades de Córdoba y Granada. Ejemplo de esto la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero que aparecieron en el califado de *Harun Errasid* y otras muchas en el de su hijo *Abul Abas*, que fué el protector de las ciencias y de las letras árabe-españolas, y que reunió bajo su protectora égida á los sabios de todas las creencias, cogiendo el fruto de su trabajo al ver florecer en sus días á los científicos *Mená*, *Alfanganí*, *Elcandi*, *Abunaser* y otros que dan honor á su siglo. Al confesar esto no dudo que admitiesen tambien la costumbre de las máscaras, apesar de lo que se oponia á sus rigidas reglas místicas, puesto que como acabo de decir, los carceleros y tiranos del bello sexo en Oriente, fueron galantes en España; los ignorantes, sabios y civilizados, y los frenéticos hijos del *Islam*, practicaron la tole-

(1) Se funda este estudioso autor en la palabra *máscara*, que deriva de la de *Muccara*, que significa bufonada. Mr. de Jouy en su obra titulada *l' Hermite*, es el que sentó el espresado origen. Segun el Diccionario de Gohio el verbo *Sajara* significa *sorrisit subsana-vil, ludibrio affecit*, que quiere decir: rióse, burlose de alguno, púsole envidia, y que de esta raíz se deriva *masjara* que significa *juego, burla, ridiculo*. En atencion á esto, es mi opinion que la voz *máscara*, á pesar de su semejanza con la árabe, viene del italiano *Maschera* que segun el Diccionario de la Crusca, quiere decir: *facia á testa de carta pesta ó di cosa siusile*. Esta definicion es la que mas conviene á la estructura y uso que se hace de la careta. El erudito *Covarrubias*, en su Tesoro de lengua castellana, deriva dicha voz de la francesa *Maschoir*, megilla, en cuya opinion le sigue en su Dicionario la real Academia de la lengua en su primera edicion.

rancia con mas generosidad que sus enemigos mas encarnizados que ellos por estas materias.

En el siglo XV y XVI, debieron de estar muy en uso en España las máscaras, pues que dieron lugar á la ley 7.^a tit. 10, lib. 8, dada en 1525 por los reyes don Carlos I y doña Juana, en la que las prohibian del todo *por seguirse de esta diversion graves daños*, segun el contesto de la ley. Las festivas comedias de Lope, Moreto, Calderon y demas poetas dramáticos, nos presentan muchas escenas de mascaradas y disfraces, y como dichas composiciones dramáticas sean el mas fiel espejo donde reflejen las costumbres de aquellos siglos, debemos creer que los españoles de aquella época fueron muy dados á este género de diversiones.

En el Encanto sin encanto, de Calderon, jornada 1.^a, se halla.

• Parece que mal hallada
con la mascarilla vas.

Moreto, en el *Desden con el Desden*, hace la referencia á las máscaras cuando pone en boca de sus actores:

• Venid los galanes
A elegir las damas,
Que en carnestolendas,
Amor se disfraza. •

Y con relacion á dicha diversion se encuentra al folio 1.^o del Cancionero estos versos.

• La máscara es buen festigo
Cuando entre azules celages,
Breve exhalacion corristeis
Desconocida del aire. •

En el Pintor de su deshonra, de Calderon, y en otras muchas composiciones de la época, se ven descripciones de mascaradas de estos tiempos en que campaba el orgullo y caballerosidad española, las que no cito por no fatigar á mis lectores con un articulo demasiado largo.

Los catalanes son los que mas han practicado esta costumbre desde la época mas remota, y hasta en los pueblos mas pequeños y agrestes, existen hoy en las funciones anuales, juegos y bailes pantomimicos y combates de mascaradas que llaman del diablo, y por lo que yo sé estas fiestas son muy parecidas á las que hé referido de los antiguos, de donde tal vez tomen su origen. Los valencianos de los pueblos rayanos de Cataluña, sus mascaradas ó bailes de moros y cristianos que ejecutan con la cara tiznada, se asemejan en esta diversion á los que bailaban en las bacanales y lupercales. Por último en Castilla y pueblos cercanos á Madrid, hé visto danzas, particularmente en Morata de Tajuña, de jóvenes disfrazados galanamente y guiados por un maestro llamado botarga, que es un Baco ó payaso con la cara tiznada ó cubierta con una careta de tela del mismo color del vestido, generalmente negro, el cual llevaba en la mano una especie de tirso bacanal, que no es otra cosa que el baston del maestro de nuestros bailes de máscaras actuales.

Esta costumbre es de tiempo inmemorial en estos pueblos, y confirma mi opinion de que las máscaras y disfraces se introdujeron en España en tiempo de la dominacion romana, puesto que hay en lo que llevo dicho mucha semejanza entre las de aquella nacion y las de nuestros pueblos.

Madrid ha disfrutado desde que es corte, de esta diversion, ó sea desde el siglo XVI, pues al recorrer los anales de Madrid, he hallado ininidad de fiestas en las que las máscaras juegan el principal papel y de ellas citaré las mas principales.

En 1370 se celebraron vistosas mascaradas por el desembarco y entrada en esta corte de la reina Ana, muger de Felipe II; en 1398 se celebró otra por la entrada de la

reina Margarita esposa de Felipe III; otra en 1608, por el juramento de Felipe IV, como príncipe de Asturias; otra hecha por este, ya rey, para festejar al príncipe de Gales en 1625 á su entrada; y las reales ejecutadas en 21 de agosto en las que fué el mismo rey; las de 1629 con motivo del nacimiento del príncipe don Baltasar, en las que salió el rey, su hijo don Carlos y todos los señores de la corte, en cuyas fiestas reales se jugaron cañas con careta puesta; y las de 1632, 34 y 33, por el juramento del príncipe Baltasar, entrada de la princesa de Mantua y nacimiento de la infanta doña Maria; esta la dirigió el conde-duque de Olivares.

El reinado de Felipe IV puede decirse que fué todo él una completa mascarada, porque apenas pasaba año sin ellas: de suerte que debe citarse á este rey como el protector mas decidido de esta diversion, y como con la proteccion todo progresa, esta es la razon por la que estan numerosa la serie de mascaradas de esta época. Empero las mas célebres son las que mandó hacer en 1637 con motivo de la eleccion del rey de Ungria, su cuñado, para rey de los romanos, particularmente la ejecutada en 15 de febrero. Para ellas se levantó una plaza de madera en el Retiro con cuatrocientas ochenta y ocho ventanas. Estas máscaras en las que lo lució el rey y toda su corte, fueron de noche y á caballo para lo que se alumbró la plaza con siete mil luces: duraron nueve dias y se repitieron los tres dias de carnaval en los que hubo mogigangas en carros, en los que iban cómicos representando comedias alusivas. Fué tanto el entusiasmo del rey por las máscaras, que en estas hizo publicar un pregon por el que mandó: «Que ninguno entrase en el Retiro con armas y sin caretas en el rostro;» de suerte que hasta los que entraban á pretender ó á pedir justicia, tuvieron que ir de mogiganga, como se decia en aquel tiempo.

Ademas de las citadas mascaradas, se celebraron en 1638 por el nacimiento de la infanta doña Maria Teresa, en 648 por el bautismo del príncipe de Fez, hijo del rey de Marruecos, y publicacion de la boda del rey con doña Maria Ana de Austria, á cuya entrada en 1649 se repitieron en el Terrero de Palacio donde se lució el rey; en 1658 por el nacimiento del príncipe Próspero; en 1680 por la entrada y casamiento de la reina doña Maria; en 1690 por la entrada de la reina doña Mariana de Neobourg, en la que salieron comparsas de hombres disfrazados de leones, tigres y salvajes, y las de 1691 y 95 por los restablecimientos de la salud de la reina doña Mariana y del enfermo Carlos II, que apesar de todos sus hechizos consagró á la bulliciosa careta algunos momentos de su melancólica existencia.

Felipe V no debió tenerlas mucha aficion, pues notando esta costumbre cuando las sangrientas primicias de su reinado se lo permitieron, lanzó un terrible anatema contra las máscaras, testigo de ello las leyes ó bandos que constan en la Novísima recopilacion, dadas en 1716, 17, 19, y 43; y su sucesor el bondadoso y pacífico Fernando el VI, tampoco hubo de gustar de arlequines, cuando reprodujo ó consintió aquellas prohibiciones. Era necesario un soberano mas instruido que rodeado de consejeros políticos y sabios, volvieran al pueblo una diversion que ilustra mas que perjudica. La España le obtuvo felizmente en el Sr. don Carlos III. En su glorioso reinado resucitaron las máscaras y tomaron formas mas adecuadas y festivas que antes, que mas bien eran una comparsa á manera de la celebrada en esta corte en 1852 con motivo del juramento á nuestra adorada reina doña Isabel II, que una diversion familiar y de sociedad. Se introdujeron estos bailes en el teatro en 1767 para lo que se publicó una instruccion, y por lo que se vió en el carnaval regocijarse las familias con inocentes disfraces. La guerra de la independencia trajo tras sí nuevas victorias para las máscaras, pues los franceses las generalizaron é hicieron mas amenas. En el

último periodo del reinado de Fernando VII, estuvieron muy toleradas, y á la sombra de esta tolerancia creció la afición á los bailes de máscaras, y fueron muchas las casas particulares que abrieron sus salones á las bulliciosas turbas de enmascarados. Durante la regencia de la reina viuda, doña Maria Cristina de Borbon, no solo fueron autorizadas las máscaras, sino que se concedió permiso á las empresas de los teatros y á otras muchas particulares para dar bailes públicos, y por espacio de algunos años

se mantuvo en toda su fuerza, la afición á la carátula, y en todo su apogeo el reinado del disfraz; pero en el momento en que esta diversion perdió el caracter de tal y se convirtió en moda, hubo de someterse necesariamente á los caprichos de esta voluble diosa, y sufrir la misma suerte que reserva á todas sus invenciones, siendo ya muy contados los templos consagrados á su culto.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

VIAGE POR LA ITALIA.

GENOVA.



a aceptación inesperada para mí, con que han sido recibidos del público los artículos describiendo las imponentes y magníficas ceremonias de la Semana Santa en Roma, me han animado á publicar una serie de artículos describiendo mi viage por los principales estados de la Italia que he recorrido

cuando los sucesos políticos me lanzaron fuera de mi patria. Ningun pais mas digno de ser visitado que la Italia, ese pais que millares de extranjeros instruidos recorren todos los años, admirando en Roma sus ruinas gigantescas, en Venecia la gloria de sus Duxs, y su escuela de pintura; en Florencia el brillo de sus Médicis, sus tesoros, museos, y severos palacios; en Nápoles las delicias de su golfo y los encantos de sus pintorescos contornos.

El dia 4.º de febrero me embarqué desde Marsella á bordo del vapor toscano, el *Lombardo*.

El *Lombardo*, de fuerza de 220 caballos, es una de esas ricas galeras modernas que incesantemente cruzan el Mediterráneo, buques de lujo, casas magnificas de placer con ruedas, donde nada ha omitido el arte para deslumbrar, verdaderos palacios flotantes en el mar. El suelo de su puente está tan llano, tan bien pulimentado como el pavimento de madera de la mas rica y aseada casa de París: el ébano, el palisandro, la caoba y bronce bruñido, émulo del oro, relucen sobre su cubierta. En las cámaras se ven muebles elegantísimos, colgadas de seda y preciosas muselinas bordadas. La sala donde se reúnen los pasajeros, está adornada de cuadros de maderas finas embutidas, representando la historia de los prometidos esposos de Mansoni; el techo artesonado contiene en cuadros los retratos de los hombres eminentes que en todo género ha producido la Italia, de esas grandes ilustraciones que han atravesado tantos siglos para llegar hasta nosotros sin perder nada de su gloria, y cuyas obras inmortales íbamos á contemplar de cerca.

Si Cleopatra, de quien se cuenta que construyó el mas hermoso y magnífico buque de la antigüedad, hubiera podido ver el interior del *Lombardo*, hubiera sin duda mandado echar á pique la espléndida galera trirreme, que la paseaba sobre las aguas de Cidno.

A la una y veinte minutos, los doscientos veinte caballos, invisible fantástico atelaje del navio, partieron con veloz carrera sobre un mar ligeramente agitado por el Mistral.

En tanto Marsella parecia huir presurosa de nuestra vista, en breve no vimos de ella sino sus elevadas torres, y despues como un ligero punto dibujado en el horizonte que desapareció tambien entre la bruma.

Entre los alegres pensamientos que me inspiraba el viage al hermoso pais, objeto por tantos años de mi ansiosa curiosidad, uno muy triste atravesó entonces por mi imaginacion. ¡Arrojado de mi pais por una tempestad política, iba á recorrer la Italia, iba á buscar en nuevas sensaciones el olvido de una voluntaria espatriación!!

Un buque flotante en medio de los mares es la imagen del mundo material flotando en medio del vacío. Los grupos que instintivamente forman los pasajeros, representan las naciones, y se observa en ellos la misma índole, las mismas simpatías de los paises diversos á que pertenecen.

Así, despues que el capitán asistido del notario del vapor pasó la lista de los viajeros, los que eran de una misma nacion aun sin conocerse se buscaban, y trataban de formar conocimiento y amistad, que en esta clase de viages es rápida y facil. Los ingleses permanecian apartados concentrados en si mismos con el frio egoismo que distingue á su nacion.

Nosotros encontramos á un antiguo conocido, don Antonio Iraola y Sureda, capitán en la guardia real que el gobierno de Madrid, acababa de suprimir, sin consideracion á la gloria de que se habian cubierto sus batallones sosteniendo el trono de la reina Isabel, renovamos nuestra amistad y nos propusimos hacer juntos desde entonces nuestro viage.

Un mejicano tambien se reunió á nosotros, aumentando el grupo español. Los americanos, no obstante la declaracion de su independéncia, son en el corazón verdaderos españoles, y sus hábitos, su religion, su habla, son y serán siempre españolas, pues nosotros les llevamos la civilización y la cultura, y si con razon lamentan agravios de sus dominadores, es como dice Quintana:

Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crímen fueron del tiempo, no de España.

En el buque iban varias señoras inglesas y francesas. Las primeras se comunicaron desde luego, las segundas coqueteaban sobre cubierta, como pudiera coquetearse en los jardines de Tullerías de París.

Durante las primeras horas de la tarde, vimos dibujarse á lo lejos Tolon, los dos enormes peñascos llamados los dos Hermanos, y la altura célebre, donde estableciendo una bateria contra la ciudad ocupada por los ingleses, se reveló por primera vez el genio del capitán de artillería, que debia algunos años mas tarde ser emperador de los franceses y vencedor de la Europa. Varias veces subí sobre cubierta durante la noche, para ver las costas que yo sabia ser ya de Italia.

Amaneció el dia 2 de febrero y ya estábamos en Italia. Como el amante que ansioso acude á la primera cita de su

amor murmurando en silencio el nombre de su amada, así yo traía á mi memoria los versos que sobre Italia me habian hecho aprender en mi infancia, y los recitaba entusiasmado. Eran las siete de la mañana, el buque pasaba muy cerca de la costa, el mar estaba apacible, alegre; con la hermosura del tiempo todos los viajeros habian salido de sus camarotes, y cubrian la galeria del buque volviendo sus ojos á la tierra. La bella Italia aparecía alzándose á nuestra vista coronada con la aureola que le presentaban los primeros rayos del sol de la mañana.

A la derecha se extendía el mar magestuosamente, á la izquierda la encantadora costa que desde Niza á Génova, desarrolla una serie de hermosos paisajes que corona la cresta de los Apeninos, toda emblanquecida de nieve, cadena perpetua de bosques pintorescos, de colinas, de poblaciones ya situadas al nivel de las ondas del mar, ya plantadas sobre lo escarpado de las montañas, presentando un cuadro cual jamás pudo trazarlo el pincel del artista en los momentos mas felices de su inspiracion.

La decoracion cambia de colores y de aspecto á cada movimiento del vapor. Apenas acabábamos de nombrar una de esas hermosas poblaciones de que está adornada la costa toda, grupos de blancas casas con un esbelto campanario aparecen en medio de los bosques de palmas, encinas y olivos, y repentinamente aparecen otros y otros de entre los pliegues y recodos del Apenino. Sus nombres, casi todos compuestos de suaves diptongos, designan una cadenciosa melodia que el labio se complace en repetir, como un amante quisiera llamar á su querida, como una madre buscaría para su primer hijo. San Estéfano; Albenga, Remi, Abissola. El capitán Martellini es un hombre risueño siempre, muy fino y afable, los pasajeros le fatigaban á preguntas, cuya atenta respuesta no se hacia aguardar ni un solo instante. Es un hombre de edad de 36 años y ha servido en la marina francesa.

En medio del panoramá magnífico que rápidamente pasaba por nuestros ojos, Génova, la antigua capital de la Liguria, salia de las aguas del golfo con su linterna prodigiosa, faro sublime edificado sobre un pedestal de rocas, con sus palacios de mármol, sus fuertes castillos, y sus monasterios coronados de suntuosas cúpulas, con los cerros que la circundan, cerros sembrados de jardines cubiertos de deliciosas villas ó casas de campo. Cuadro maravilloso dispuesto en forma de anfiteatro.

Génova es una revelacion para el que llega por primera vez á Italia. Asentada en las orillas del mar, con su magnífico puerto semicircular, donde vienen á anclar casi todos los buques que surcan el Mediterráneo; la ciudad reveladora aguarda al viajero para iniciarle en las maravillas de la divina Italia.

En vano arde uno de impaciencia por poner el pie en su hermoso suelo; hay que resignarse á aguardar en las aguas del puerto de Génova tres horas mortales antes de conseguir esa dicha. Una multitud de agentes de policia con uniforme azul y sardineta de oro, sombrero de tres picos con gran plumero azul, á manera de cazadores de coche, vienen á reclamar los pasaportes de los viajeros, que durante toda la travesia guarda el capitán del vapor. Los enviados de la Intendencia sanitaria vienen á enterarse del estado de la salud, y sobre todo á verificar si el número de los pasajeros designado por el capitán, es rigurosamente exacto.

Para este fin se hace desfilar á todos los pasajeros delante de los agentes sanitarios colocados á cierta distancia en un barca. Nadie se exime de esta ceremonia, de este humillante recuento donde se atiende solo al número y no al nombre ni á la identidad de las personas. Al que está durmiendo, apenas restablecido de una noche de fatigas y de mareo, al que está reparando el desarreglo de sus vestidos durante la travesia, pensando en que vá por primera vez á presentarse á las hermosas italianas, se les intima que abandonen su sueño, el tocador, para venir á

tomar parte en la procesion que desfila sobre el puente procesion grotesca si las hay, y muy humillante para los viajeros, si los agentes de la sanidad que hay en la lancha fuesen susceptibles del menor pensamiento de ironia.

Allí se ven desfilar sin orden y á la ventura, los modestos artistas, los ingleses con frac, casqueta de cuero, y guantes amarillos, los marmitones de la cocina todos gra-sientos; señoras que en el abandono mismo de sus vestidos revelan intenciones coquetas, franceses forrados en anchos paletots, frailes de todas órdenes y colores que vuelven á sus monasterios de Italia, formando una série de figurines del mas extraño contraste.

Nosotros nos presentamos y fuimos contados; pero aun no estábamos en libertad de entrar en la ciudad hermosa, aun debia pasar una hora mas antes de penetrar por las puertas de *Genova la superba, la reale, la nobil città* cuyo pavimento es todo de mármol, sus edificios de piedras esquistas, y que contiene en su recinto ella sola mas palacios que toda la Francia.

Hay que detenerse aun en la sanidad á decir su nombre en la oficina de los pasaportes, indecente casuca, donde se sube por una tortuosa y miserable escalera á una pieza sucia, donde un alcalde de barrio no recibiría ni aun á la persona mas insignificante. Allí, sin embargo, se detienen todos los dias principes y millares de personas distinguidas. Padron' que enfrenta una ciudad hermosa; limbo oscuro por donde se pasa antes de llegar al celeste planeta.

Al fin entramos despues de otra detencion aun para registrar en la puerta misma nuestros sacos de noche!

El día estaba hermoso, templado, el sol brillaba en términos de hacer calor, nos alojamos en la fonda de Francia, bebimos el tan ponderado *Zuchero rosato* de Génova, especie de bebida de rosas muy grata y refrigerante, y que se sirve tibia, y salimos apresuradamente á recorrer la ciudad.

La historia de cada ciudad está escrita siempre en sus murallas. Génova es la ciudad de las guerras civiles, sus habitantes, ardientes, rencorosos, apasionados por las empresas temerarias, hijos del mar, amaban sobre la tierra y en la ciudad las mismas tempestades que sobre las aguas. Desde 1590 á 1594, es decir, en cuatro años, sufrió Génova diez revoluciones!! He ahí la causa de la angosta dimension de sus calles, y el secreto de que en una ciudad tan opulenta solo haya dos calles por donde puedan pasar los carruages, siendo las demás estrechas, y sombrías como corredores.

El genio de la guerra civil trazó al rededor de inmensos palacios esas calles, esos estrechos corredores, para preservarlos de un ataque. Paseamos toda la mañana por la strada Balbi, la strada Nueva, y la strada Nuovissima; esas prodigiosas calles que tantos viajeros han celebrado. No hay nadie que no se pase al considerar esas admirables creaciones del poder, del orgullo genovés. Invéntense las frases mas gigantescas, duplíquese la hipérbole, jamás podrá llegarse al hablar de Génova á la exageracion, la metáfora será siempre inferior á la medida de la realidad.

Nada mas bello que la coleccion de palacios de la calle de Balbi, prodigiosa galeria de obras maestras que se prolongan á distancias infinitas. Cada palacio es una maravilla cuyo estudio ocuparía muchas semanas, todos tienen los mas graciosos, los más nobles y solemnes ornamentos que ha podido crear la inspiracion de un arquitecto: todos tienen su peristilo de mármol de granito. Casi todos al través de espaciosos pórticos donde la luz y el aire campean con libertad, dejan veral extranjero, que pasa y se detiene, magníficas escaleras guardadas por estatuas, defendidas por leones y otros animales mitológicos, inofensivos centinelas, solo terribles en su forma. En otros se ven en el fondo de vastísimos patios rodeados de columnas, al través de labradas rejas, jardines deliciosos poblados de naranjos, rosales y jazmines, de fuentes y cascadas. En todos hay terrados, antiguas plataformas desde donde se batian

y que cubiertos hoy de tierra vegetal, forman jardines aéreos sobre hermosos pórticos, con fuentes, y dejando caer sobre las calles la frescura de sus aguas, el aroma de sus plantas. Semíramis sin duda no tenía tan bellos pensiles sobre los muros de su morada real de Babilonia.

Todos estos edificios tienen nombres bellos, históricos, tan grandes como ellos mismos.

El palacio de Cristoval Colon, natural de esta ciudad, que dió á nuestra España, y en el reinado de la primera Isabel un nuevo mundo.

El palacio de Marcelo Durazzo, á quien Carlos Fontana el grande arquitecto hizo las dos magnificas escaleras que ciñen su vestibulo, y que hoy es el palacio real del rey de Cerdeña, que generalmente viene á pasar el otoño á Génova.

El palacio de Serra, llamado por su magnificencia interior, que casi toca en lo fantástico, el palacio del Sol.

El palacio de Andrea Doria, admirable por su soberbia columnata de mármol blanco, sosteniendo una terraza de la misma piedra en medio de jardines en anfiteatro y dominando el puerto. Allí habitaron Carlos V, y Napoleon. Allí hay una inscripcion que recuerda que Doria fué almirante del Papa, de Francisco I, de Carlos V, y de Génova.

Los palacios de Grimaldi, Coreago, Lescari Imperial, Turis Doria, el de Negroni, que tienen 563 ventanas, tantas como los dias del año, formado todo de marmol y de granito rojo; de Spinola, Pallavicini, y tantos otros cuyos nombres se escapan á la memoria mas feliz.

Palacios hay por todas partes en Génova, y sus calles estrechas construidas para evitar los ataques á los palacios, son muy útiles en un pais cálido, inaccesibles al sol; su pavimento de mármol las hace impenetrables para los carruages y por consiguiente silenciosas, sombrías.

A la hora de visperas visitamos la iglesia de la Nunciata, construida por la familia Somelini, obra maestra de gusto y elegancia. Su interior está adornado de bellas columnas jónicas de mármol blanco, cuyos acanalamientos están incrustados de marmol rojo, los otros adornos de esta hermosa iglesia están de tal suerte cargados de oro y marmol que casi la afean. Se admiran dos excelentes pinturas: la última cena, por Proccacino, y una crucifixion de Scotto. Los frailes de San Gil cantaban pausadamente los salmos de la iglesia á canto llano, pero con voz estentore a.

¿á qué tanto gritar, es sordo el cielo?

Las iglesias de Génova son magnificas. San Ciro, toda cubierta de mármoles riquísimos, ostenta sus pinturas de Tadeo Carlona, y su altar mayor rodeado de ángeles hermosos de marmol colocados allí por la mano del célebre artista Puget; la Asuncion, donde hay tambien magnificas estátuas, y la catedral dedicada á San Lorenzo y construida á espensas del público, de estilo gótico pesado, de mármol blanco y negro, en su estension formando fajas, pareciendo sus muros á la pálida luz del crepúsculo la manchada piel de una inmensa Zebra.

En su interior hay el mismo lujo de mármoles negros y blancos, y cuatro grandes columnas de pórfido que contienen el dosel del altar mayor en el que se conserva el famoso *Sacro-catino*.

El Sacro-catino es para Génova lo que la bandera de Santiago fué para los españoles, el Oriflamo para los franceses, y el leon de San Marcos para Venecia. Es una reliquia santa bajo cuyo patrocinio estaba la república. *Catino* quiere decir en italiano fuente, y esta fuente era un plato de esmeralda, regalo de la reina de Sabaa á Salomon, y que habia servido al Salvador del mundo en la última cena. En otro tiempo se custodiaba en un armario de hierro y solo el Dux tenía su llave. Todos los años el Jueves Santo, se enseñaba solemnemente al pueblo, y un prelado lo tenía en la mano pendiente de un cordón, y rodeado de una guardia particular de caballeros llamados

clavigeri ó portallaves. La ley prohibia con pena capita el tocar el Sacro-catino con la mano, ó con cualquier metal. Muchos prefieren con burla que este plato tan célebre de esmeralda es un vidrio pintado.

Nada importa esto. El Sacro-catino ha hecho hacer grandes cosas á los genoveses, y es preciso acatar aun las supersticiones de los pueblos, cuando ellas han sido origen de gloria y de proezas.

En todas las iglesias de Génova se admira una profusion de adornos y de ofrendas que contrasta con la sencillez, con la miseria de los adoradores. Véanse altares donde penden de anchas cintas de colores multitud de lámparas de oro y plata, cuadros, donde con detrimento del arte, hay sobrepuestas riquísimas coronas de pedreria brillante.

El dia era festivo por ser la Purificacion de la Virgen. Así fuimos al paseo á la calle triunfal de *Balbi* y *Piazza del Aqua verde*.

Cuan hermosas estaban estas calles esta tarde que el sol de Italia las inundaba con su luz, cuando una multitud desfilaba en numerosos grupos entre su doble fila de edificios reales, cuando en medio de frailes de todas religiones y colores, se veian circular esas hermosas mugeres con su velo blanco, dulce recuerdo de la mantilla española, mugeres de esbelto talle, color moreno, ojos de fuego, andar noble, voz dulcemente sonora, que son las hijas de esta bella y magestuosa ciudad, dignas de haber nacido bajo su cielo azul, de haber crecido en sus aéreos jardines á la sombra de los naranjos, y embalsamando su aliento el purísimo azaar. Nosotros no conociamos á nadie; no podiamos dirigir á nadie nuestras palabras, solo podiamos mirar asombrados. ¡Estábamos solos en medio de tan bella multitud!

Por la noche fuimos al teatro. Tres son los de Génova. Los de San Agustin y de las Viñas de un órden inferior, y el de *Carlos Felix*, uno de los mas estensos y magnificos que tiene la Italia, llamado así del nombre del monarca, bajo cuyos auspicios fué construido. Se le inauguró en 1828 con la mayor pompa. Sus adornos interiores son dignos de la bellísima fachada. Tiene ciento setenta palcos y están distribuidos todos sus asientos en una inmensa platea y seis pisos. A pesar de su vastisima capacidad estaba todo lleno, presentando un hermoso punto de vista. Encima del telon de embocadura hay un cuadro transparente donde se marca la hora y los minutos, saltando estos de cinco en cinco por un mecanismo particular. Cantaron la ópera de Mercadante, *Il Juramento*, que fué oida con extraordinario aplauso, haciendo repetir algunas piezas dos y tres veces, costumbre muy frecuente en los teatros todos de Italia.

Habia máscaras en el teatro de Carlos Felix despues de la ópera en un salon magnifico construido al intento, pero se necesitaba presentarse en él, por órden del gobierno, con frac negro, pantalon y zapatos, de la misma manera que en el mas aristocrático soiré de Paris, y nuestros equipages habian quedado á bordo del *Lombardo*.

Determinamos ir al *festone de Justiniano*, gran baile de máscaras, donde no eran tan rigidos y severos en el vestido.

Vimos diversidad de caprichosos trages, circulamos por sus espaciosas y bien iluminadas salas, y vimos en una de ellas por primera vez á uno de esos improvisadores que tanto abundan en la Italia, que llenos de inspiracion recitan largas tiradas de armoniosos versos, á que tanto se presta la dulzura y flexibilidad de la lengua, rodeado de una multitud curiosa y en el mas profundo silencio.

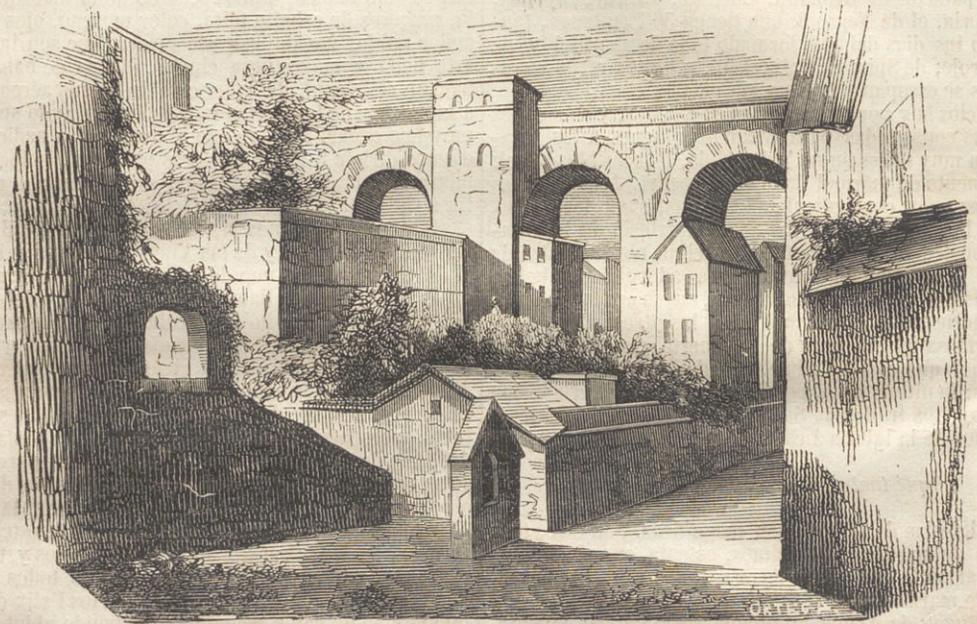
A la una nos retiramos del *festone*, la noche era hermosa, la luna se reflejaba sobre las fachadas de granito, y las calles desiertas y oscuras no presentaban un aspecto menos grato que cuando, por la tarde las habiamos contemplado llenas de vida por la multitud, é iluminadas por el sol. Miré aquellos suntuosos pórticos tristemente alumbrados por sombríos fanales que mecía la brisa de la no-

che. Todo presentaba entonces la imagen de la soledad. Entonces se veía á Génova, ciudad cuyos hermosos días, cuyo poder pasaron. ¡De cuantas escenas de alegría y de dolor, de poder y abatimiento, de orgullo y de miseria, habrán sido testigos esos viejos palacios! Recordando lo pasado veía los actores de esa antigua y poderosa república. Por ahí subían y bajaban esas familias de héroes opulentos, acostumbrados á surcar los mares con vestidos recamados de oro y rica pedrería: esos *podestás* venidos de fuera para gobernar hombres demasiado envidiosos para sufrir la supremacía, el gobierno de uno de sus conciudadanos: esos altivos capitanes que batieron á los sarracenos, los españoles y venecianos: esos Duxs de frente magestuosa y severa, hijos del pueblo: esas mugeres hermosas é intrigantes que separaron sus familias, y crearon los implacables partidos de Guelfos y Gibelinos, Fieschis y Dorias, Grimaldis y Spinolas, que gozaban del fruto de todas sus conquistas, que aguardaban la vuelta de las galeras en corso, por que á su vuelta los intrépidos mercaderes venían á arrojar á sus pies las telas de seda, las joyas, las perlas.

Todos estos palacios están desiertos é inhabitados. Su oleal resalta con la soledad, con las sombras de la noche.

Al desaparecer esa ilustre raza de gloriosas familias, de señores magníficos, admirantes, guerreros, duxs, senadores, comerciantes armados, y heroicos mercaderes, han dejado numerosos descendientes. ¿Dónde están? ¿dónde habitan? Herederos de esos edificios, se reconocen demasiado pequeños para habitar los inmensos palacios de sus antepasados, hijos degradados temen encontrar en sus salones las orgullosas sombras de sus abuelos. Se han retirado á los pisos altos de esos mismos palacios, se han ido á buscar en ocultos rincones la sombra y el silencio, y han dejado desiertas las casas de sus padres. Algunos han degenerado hasta el extremo de alquilarlas á poco precio, para almacenes, fondas y otros usos mecánicos. ¡Qué mengua! ¡qué degradación!!

Al día siguiente, tres, continuamos nuestras excursiones por la hermosa ciudad. El tiempo era delicioso. Visitamos la Universidad, magnífico edificio, en cuyo vestíbulo se admiran dos leones colosales de marmol del mas esquisito trabajo. Las cátedras están adornadas de frescos y contienen excelentes cuadros. La gran sala donde se confieren los grados tiene hermosos frescos de *Andrea Carloni* y seis magníficas estatuas de bronce, de Juan de Bolonia, esta-



Puente de Carigno en Génova.

tuas que durante la dominación francesa permanecieron cuidadosamente enterradas, sin cuya precaución hoy adornarían algunos de los salones del Louvre, como tantas otras preciosidades allí existentes y arrebatadas por la violencia y el derecho supremo de conquista. Fué fundada la Universidad en 1623, por el jesuita Juan Francisco Balbi. Hay quinientos estudiantes, y se enseña jurisprudencia civil y canónica, teología, medicina y filosofía. La universidad tiene una hermosa capilla donde obligan á los estudiantes á oír misa, y recibir los sacramentos.

Hay además un seminario de nobles dirigido por los jesuitas, y para su establecimiento se les ha entregado en 1840 el palacio de la reina viuda de Cerdeña, que se halla en la calle de Balbi, y está decorado con infinito gusto y magnificencia.

Visitamos la bolsa y gran sala del banco de San Jorge. El banco había sido en tiempo de la república el defensor

indirecto de la libertad, pues administrado exclusivamente por los plebeyos, su poderío, sus riquezas contrabalancearon muchas veces la influencia de los nobles. Allí se ven las estatuas de sus fundadores, allí contemplamos la de Juan Griello que hizo un legado para pagar la mitad del impuesto sobre el trigo para aliviar á los pueblos, allí vimos un Grifo de marmol sujetando el Aguila Imperial y la Zorra, armas de los pisanos con esta inscripción:

Griphus ut has angit
Sic hostes Genua frangit.

Génova destruye á sus enemigos, como el Grifo á estas.

Génova que toda su opulencia antigua la debió á la actividad de su comercio, conserva aun mucha parte de él. Visitamos sus almacenes de sedería, sus fabricas de terciopelo, el que conserva aun su antiguo renombre y su-

perioridad. El Tasso cuidaba siempre que su gorra fuese de terciopelo de Génova.

Tiene mucha fama la filigrana de esta ciudad, y así nosotros visitamos sus dos mejores fábricas, las de Barbino y Fontana.

El conservatorio de Fieschino, convento y casa de trabajo que debe su fundación en 1760, á un dominico llamado Fieschi, es célebre por sus flores artificiales que se esportan para toda la Europa ya para la América. ¡Admirable contraste! Santas y pobres vírgenes adornan y llenan de guirnalda un mundo que han abandonado, y al través de una triple reja de hierro y por manos cubiertas de un tosco sayal esas flores brillantes, pero muy caras para los extranjeros, salen á adornar el rostro de las bellezas del siglo.

Visitamos el palacio ducal, antigua residencia de su Dux, donde en otro tiempo estaban las estatuas de todos los grandes hombres que habían merecido bien de la patria, estatuas que los furiosos hicieron pedazos en 1797, á que hoy han reemplazado las estatuas de no sé qué virtudes ó ciencias, como si la imagen fiel de los hombres heroicos, desinteresados y elocuentes, no fuera cien veces de mas ejemplo, y produjese un efecto mas eléctrico en el alma que la fría representación de una muger con túnica griega ó romana, y á la que llaman fortaleza, constancia, elocuencia.

Fatigados de andar aunque por calles tan bien embaldosadas de marmol como pudiera estarlo la antecámara de un palacio, pues así están todas las de Génova, entramos en un palacio sobre cuya puerta, cubriendo las armas de su ilustre dueño, había una muestra de madera con la inscripción *Hotel provenzal*. Sirviéronnos la comida en el salon principal de él, adornado de hermosísimos frescos de Andrea Carloni. El techo representaba una victoria naval, y en sus muros se veían pintados de cuerpo entero el arzobispo Domingo Grimaldi, los almirantes Jorge y Nicolas Grimaldi, y los senadores Juan Bautista, Nicolas y Agustín Grimaldi, revestidos de sus magestuosas togas, obras todas del pincel del célebre Gio de Ferrari. Mas de cuatro veces el cubierto estuvo á punto de caer de mis manos creyendo ver la severa mirada de los antiguos dueños del palacio Grimaldi.

¡Quién hubiera podido predecir á este suntuoso salon en sus hermosos dias de gloria y opulencia, que vendria á parar en comedor de fonda ó *restaurant*, y que el que había servido para tantos festines y banquetes reales, serviria para las modestas comidas de los viajeros á tres rancos por cabeza!

¡La multitud de los palacios es tanta, y faltan los grandes que en un tiempo los habitaron!!

Génova fué una ciudad de mercaderes, de elevaciones de fortuna, que sólo se encuentran en las ciudades marítimas, y así el mar fué el arquitecto que levantó esos bellos palacios de mármol.

Los comerciantes comprendieron con inteligencia que el solo medio de ennoblecer su tráfico, en aquellos tiempos caballerescos despreciado, era constituirse en generosos patronos de las bellas artes. El comercio de Génova solo favoreció las artes, descuidó altamente las letras. Merca-

deres enriquecidos tuvieron la fantasia de levantar palacios; una vez levantados cubrieron sus paredes de frescos y pinturas, decoraron sus galerias y jardines con estatuas. Para ellos fué una necesidad de lujo y de vanidad. Tomada por uno de ellos la iniciativa, ninguno quiso aparecer menor, todos siguieron su orgullosa senda. Nada cuidaron de la historia, nada de la filosofía, nada de la poesia. Estos objetos no podia desplegarlos fácilmente el orgullo del propietario, á los ojos de un celoso rival ó de la atónita muchedumbre. Así estos hombres acostumbrados á las frias operaciones de la aritmética, eternamente encorbados en sus escritorios, prosáicos calculadores de la vida mercantil, vertieron á manos llenas su oro sobre los pintores, arquitectos y escultores, y dejaron vegetar en la sombra á los escritores. Así Génova tiene con gloria, una escuela de pintura propia, y cita entre la lista de sus ilustres hijos tantos arquitectos hábiles, pintores y escultores célebres, y un solo gran escritor, historiador, filósofo ó poeta.

Era cerca del anochecer cuando nos dirigimos al muelle para volver á bordo del *Lombardo*. En las esquinas de todas las calles de Génova, hay colocadas imágenes de vírgenes y santos, en altos nichos graciosamente esculpidos de mármol ó granito; ramos de flores los adornan; lámparas de plata siempre encendidas los alumbran; los hombres al pasar por delante, los saludan descubriendo su cabeza; las mugeres haciendo la señal de Cristo.

Ya cerca del muelle pasamos por delante de una de estas *madonas* ó vírgenes. El nicho estaba iluminado, y en el targeton de plata se leía: *Ave stella maris*: ¡Salve, estrella de mar!

¡Cuántos al marchar á ese mismo mar donde íbamos de nuevo á confiar nuestras personas, la habrían implorado con tan dulce nombre! ¡cuántos al volver la habrán dado gracias de su poderosa protección!

Subimos sobre el paquebot, y á las siete de la tarde, comenzamos á salir de la bahía. ¡Qué vista tan encantadora la de la bahía llena de buques, con el delicioso círculo que forman las orillas, la soberbia ciudad que se presenta en anfiteatro, el faro que se alza en medio de su puerto, los dos muelles gigantescos que se adelantan sobre el mar! Génova es la bahía mas hermosa de la Italia despues de la de Nápoles; pero es la primera en poder, en gloria, en recuerdos históricos. Génova no es solo un pueblo de Italia, es un pueblo europeo. Su marina trasportó los cruzados, sus bageles, sirvieron á Alemania, á Francia, á España. Su historia está enlazada con la historia de todos los pueblos. Largo tiempo permaneci sobre cubierta reclinado en el costado del buque viendo borrar-se en las sombras de la noche uno á uno todos los monumentos de la hermosa Génova dirigiendo mi triste despedida á una ciudad de quien conservaré toda mi vida las gratas impresiones de donde me marchaba, y donde no sé si volveré jamás, habiendo encontrado que es absolutamente falso el insolente adagio sobre Génova, de que los hombres son sin fé, las mugeres sin pudor, el mar sin pescados, y los bosques sin leña. *Omini senza fede, donne senza vergogna, mare senza pesce, bosco senza legna.*

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.



CAUSAS CELEBRES.

ANTHELMO COLLET. (1)

(CONTINUACION.)



E dirigió en posta á Strasburgo, en cuya poblacion entró bajo un nuevo disfraz. Desde allí recorrió la Alemania, donde se detuvo algun tiempo y volvió á entrar en Italia. No le seguiré en este viage donde continuó empleando los mismos medios de existencia con la ayuda de sus *instrumentos de trabajo*, que usó hasta el dogal. Lo volveré á encontrar en Savona donde se habia fijado condecorado con su antiguo grado de general de brigada.

Pocos dias despues de su llegada se presentó en casa de Mr. Dufour, primer banquero de la ciudad y le dejó en depósito la cantidad de 100,000 francos procedentes de su viage de Alemania. El banquero acogió al falso general con la consideracion debida á la opulencia y al rango. Collet se habia manifestado con él como un hombre que tiene una mision secreta que cumplir y que teme dejarse sorprender. No veia á nadie en la ciudad, salia regularmente dos veces al dia y se paseaba al rededor del palacio donde el papa se hallaba entonces cautivo por el emperador. Una vez á la semana convidaba á comer á Mr. Dufour, á quien mortificaba á preguntas acerca de lo que pasaba en la ciudad con respecto al papa, escuchaba sus respuestas con atencion y lo despedia sin dejarle traspasar el fin á que se dirigia. Lisongeado Mr. Dufour con esta especie de intimidad ponía en tortura su imaginacion para adivinar quien podia ser este general misterioso, y hacia todo lo posible á fin de ganar su confianza; pero el general siempre grave y serio no soltaba especie alguna de la que pudiese formar las menores conjeturas. Hallábanse ambos en esta situacion cuando Mr. Dufour recibió un billete muy espresivo del general, que le invitaba á comer aquel mismo dia en su casa para que le aconsejase sobre un negocio importante. Mr. Dufour, curioso de saber que negocio podia ser este, que iba á revelar tal vez el misterio que encerraba el general, se apresuró á pasar á su casa mucho antes de la hora indicada. Lo encontró con un aire inquieto y preocupado, examinando un edicto que anunciaba para el dia siguiente la venta de un castillo situado á algunas leguas de Savona. Tan pronto como Collet vió al banquero le salió al encuentro y le dijo enseñándole los edictos:

—He querido consultaros sobre la adquisicion de esta propiedad.

—Tengo noticia de esto, le respondió el banquero, y no os aconsejo que lo tomeis: las tierras son de mala calidad.

—Eso me es igual.

—El castillo es gótico, rodeado de fosos, fortificado como una ciudadela, sin el menor recreo.

—Yo lo he visitado: tambien me es igual.

—Pero con el precio que dais por esta adquisicion, podriais tener una tierra mejor situada y de mas producto.

—Me veo precisado á comprar esta.

—¿Precisado?... No hay motivo que pueda obligar á contratar un mal negocio.

—Si, en vuestro estado de banquero, en que sois vos mismo el amo: pero en el mio, donde solo se conoce la obediencia pasiva.... En fin, básteos saber que se me ha mandado comprar este castillo, así como se me ha mandado muchas veces levantar una bateria.

—¿Es posible?... esto no es creible: ¿quién es el hombre tan loco para dar semejantes órdenes?

—El emperador, señor.

—¿El emperador!

A este nombre el banquero quedó como mudo y temblando, arrepintiéndose del epíteto que se le acababa de escapar y queriendo leer en los ojos del general lo que pasaba en su interior: queriendo despues reparar su torpeza murmuró á media voz:

—El emperador tiene sin duda sus razones para esto; pero confieso que nada entiendo.

—Lo creo muy bien, dice el general, é interin no os dé la clave de este enigma, no comprenderéis mas.

—Así lo creo, respondió Mr. Dufour, esperando que el general se explicase; pero este en lugar de responderle, se paseaba á grandes pasos, reflexionando profundamente. Por último, se detuvo, y haciendo el movimiento de un hombre que toma su resolucion, le dice:

—Señor Dufour, vos amais al emperador, ¿no es así?

—Yo lo amo y lo admiro, general.

—Entonces no os admirareis de la adhesion fanática que le profeso. El emperador crea vd. que es un Dios paranosotros los militares; y cuando nos acercamos á él como yo, cuando se tiene el honor de poseer su confianza y de ser llamado su amigo.....

—¿Su amigo!..... ¿sois un amigo del emperador?.....

—Vais á juzgar de ello por lo que os voy á decir; pues me veo en la precision de confiarle á vos para el negocio de que se trata. Unicamente os prevengo que el secreto que voy á revelaros puede hacer caer nuestras dos cabezas á la menor indiscrecion.

—Seré un mudo, general.

—Cuento con ello. El emperador me ha enviado á Savona para vigilar secretamente al papa y tratar con él, si hay lugar.

—¿Oh!, comprendo ahora las preguntas que me dirigiais sin cesar acerca de los rumores esparcidos en la ciudad sobre este punto; y vuestros paseos por tarde y mañana al rededor del palacio de su santidad..... todo esto es muy claro.

—En efecto, en mi posicion, honrado de una mision secreta, debia verlo todo por mí mismo, sin dar lugar á que se sospechase, y creo haberlo conseguido. Estos paseos y estas preguntas me han descubierto un proyecto de evasion del papa.

—¿Es posible?

—Nada hay mas cierto. Yo conozco los medios, los lugares, el dia, la hora y los cómplices. Pero como este proyecto exigia grandes preparativos, he tenido tiempo de instruir de él al emperador y de recibir su respuesta.

—¿Y que os dice S. M?

—Muchos están comprometidos en este negocio para que

(1) Véase el número del mes anterior.

quiera enconarse contra ellos. Por otra parte, no entra en la política del emperador aparecer como carcelero del papa, y por consiguiente me manda que frustre la evasión sin aparecer conocerla.

—Es difícil.

—El mismo me suministra los medios para ello y me traza la marcha que debo seguir, en esta carta que recibí ayer.

Al decir estas palabras, se dirigió hacia su escritorio, lo abrió y sacó de él una carta que arrojó sobre la mesa.

El banquero la desdobló con respeto y besó la firma, y después de haber intentado en vano descifrarla, se la volvió al general diciéndole:

—Con razón se me habia asegurado que la letra del gran Napoleon era ilegible; pero nunca creí que lo fuese hasta tal punto.

—Si, es preciso estar habituado como yo; por lo demás, he aquí lo que me dice: debo comprar á cualquier precio en los alrededores de Savona, un castillo que pueda servir de cárcel: que me haga reconocer como teniente general gobernador de la provincia, dignidad á la cual S. M. tiene á bien elevarme: que haga conducir al papa á este castillo bajo pretexto de proporcionarle el placer del campo, ofreciéndole mi casa como lugar de recreo, y encargarme de su custodia, despachando á todos los que sean sospechosos.

—Esto es admirable. Jamás hubiera yo pensado en eso.

—Ahora podeis concebir por que me conviene en estas circunstancias ese antiguo castillo gótico, rodeado de fosos y guardado como una ciudadela; conoceis tambien que es menester que yo lo compre á cualquiera precio. El negocio debe estar concluido dentro de cuatro dias. Mañana se vende el castillo: es menester que yo me presente como postor y que dentro de tres dias el papa se halle ya en él. No debo perder el tiempo.

—Indudablemente, es menester darse prisa; pero teneis tiempo para llegar y para todo esto no veo grandes obstáculos.

—Hay uno sin embargo, y muy grande. El emperador me cree con mas dinero en metálico que el que tengo en Savona. Vos sabeis mejor que nadie la cantidad de que

puedo disponer, pues he puesto en vuestras manos la que he traído á este país. Apenas tengo 100,000 francos disponibles, y una de las condiciones de la venta es pagar 200,000 francos una hora después de la adjudicación definitiva. Yo no sé como hacerme de aquí á mañana con los 100,000 francos que me faltan, y de los cuales solo tengo necesidad, por algunos dias, y por esto os he hecho venir: no he vacilado en haceros depositario de un secreto de estado para que penetreis este asunto, y ahora os prevengo si consentis en prestarme ó mas bien en prestar al emperador la cantidad que necesita para algunos dias.

—General, todos mis fondos están á la disposición del emperador y á la vuestra. Podeis con toda seguridad hacer que se os adjudique el castillo, y enviar á mi casa á recoger los 200,000 francos un cuarto de hora después.

—Dispénsame vd. señor Dufour, esto no puede hacerse así: yo debo aparecer solo en estenegocio. Si el emperador supiera, pues este diablo de hombre sabe todo, que un tercero se ha mezclado en esto, daría lugar á que retirase su confianza, y vos ó yo, ó tal vez ambos tendríamos que sufrir las consecuencias. Es mucho mas prudente que hagais traer á mi casa esta noche ó mañana por la mañana las cantidades necesarias, que se vendrán á recoger aquí. De este modo todo se hará bien y conforme á la voluntad del dueño. No por eso renuncio de hacerle saber el servicio que nos habeis prestado á ambos; pero me reservo el no comunicárselo hasta que el negocio esté enteramente concluido, y tomo sobre mí el empeño para recompensar vuestro desinterés y vuestra confianza, de haceros nombrar caballero de la legión de honor.

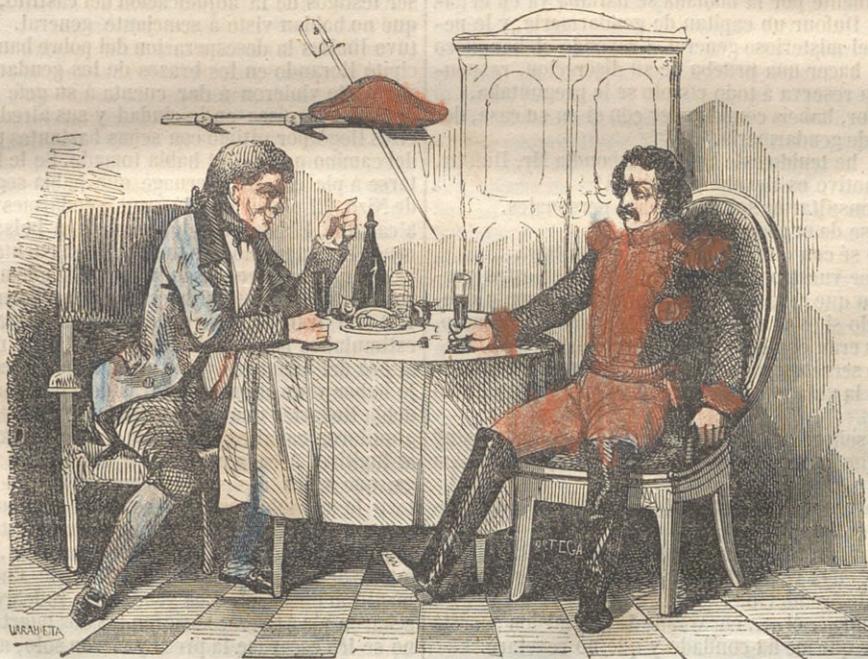
—¡Que! podré yo llevar la cinta encarnada y la cruz! Ah! general, que interés me dais por mi dinero!.... yo lo presentaría todo á este precio. Corro á mi caja y os traigo yo mismo los 200,000 francos que necesitáis.

—Un instante, un instante, señor Dufour: y nuestras disposiciones.....

—¿De qué disposiciones quereis hablar?

—No pretendo que me presteis así vuestro dinero sin estipular una ganancia cualesquiera.

—No la quiero de ninguna especie, general; soy demasiado feliz en servirlos así como al emperador.



—No, no, yo no lo entiendo así: es menester que saqueis un beneficio de este negocio: yo lo quiero, lo exijo ó no acepto vuestro dinero.

—Pero sois demasiado bueno, general, y ya que esta cantidad no es mas que para algunos dias.....

—Creeis que 10,000 francos de beneficio....

—¡Diez mil francos!..... esto es demasiado: apenas los gano en seis meses con el mismo capital y corriendo riesgos todavía.

Aquí los ganareis en pocos dias y sin correr ninguno.... escuchadme pues, el emperador es á quien prestais, y es preciso que os pague como emperador. Así, pues, queda convenido. Voy á haceros primero un recibo de 110,000 francos reembolsables en un mes....y otro tanto beneficio en otro igual término....y me enviareis, ademas del dinero que teneis mio, los 100,000 francos que necesitamos.

—Pues que así lo quereis, general, acepto; pero no me remitireis el recibo hasta que os haya enviado las sumas convenidas.

—Vamos pues, entre gentes como nosotros.... tomad primero mi recibo: comamos y despues iremos á buscarme el dinero. He aquí un negocio concluido. No tengo necesidad de recomendaros el secreto; sobre todo este, ya conoceis las consecuencias de una indiscrecion.

—General, empeño mi palabra de hombre de bien de no revelar ni una palabra á mi sombra.

—¡A las mil maravillas! Así señor Dufour, antes de un mes sereis mi cólega en la legion de honor y yo recibiré vuestro juramento.

Comieron alegremente á solas como de ordinario, entreteniendo el general al banquero con sus grandes proyectos como futuro gobernador de la provincia y riendo el banquero y desfalleciendo de gozo al pensar en la admiracion de toda la ciudad de Savona cuando su *amigo* el general fuese proclamado gobernador. Al momento despues de comer, Mr. Dufour se apresuró á regresar á su casa y volvió con los 200,000 francos que entregó á Collet. Este pretestó la fatiga del dia para despedir temprano al banquero y le dijo al separarse que no cuidase de presentarse á la adjudicacion, que él iria á su casa al marchar á darle parte de su salida. Se separaron haciendo mil protestas y Mr. Dufour todavía estaba en la escalera, cuando el general se reia con toda su alma guardando los 200,000 francos.

Al dia siguiente por la mañana se hallaba ya en el gabinete de Mr. Dufour un capitán de gendarmeria, y le pedia noticias del misterioso general. Creyendo el banquero que le queria hacer una prueba de su discrecion, respondia con mucha reserva á todo cuanto se le preguntaba.

—Pero señor, habeis comido ayer con él en su casa, decia el oficial de gendarmeria.

—Si señor, he tenido este honor, respondia Mr. Dufour.

—¿Y qué motivo os llevaba á su mesa?

—Quería consultarle sobre negocios personales.

—¿Qué clase de negocios?

—Señor no sé con que derecho me preguntais.....

—Señor, por vuestro propio interés os hago estas preguntas. Por lo que respecta á mi interés bien pronto quedará asegurado si es preciso; pero respondedme primero, ¿qué negocios eran con los que os entretenia?

—Negocios secretos; y os prevengo que mas pronto se me arrancará la vida que una revelacion que he jurado no hacer.

—Cuidado, señor: vuestra lengua es imprudente, y estoy convencido que ignorais quien es el hombre con quien tratais.

—Un bravo general, investido de la confianza del emperador. Es su íntimo amigo.....

—Un ladrón, un ratero muy diestro, que se llama Anselmo Collet, cuya requisitoria hemos recibido esta noche con la orden de prenderlo.

—¡Un ladrón!..... él..... encargado de una mision secreta del emperador que me ha confiado y que no revelaré.

—Os lo ha hecho creer así.

—Me ha enseñado cartas.....

—Eran falsas.

—Me ha hecho recibos.....

—Con firma falsa.

—Ha depositado en mi casa 100,000 francos.

—Que ha robado en Alemania, lo sabemos.

—Pero le he prestado ayer tarde cien mil ademas.

—Esto me esplica por que ha desaparecido esta noche.

—Desaparecido, desaparecido, decís?.....

Pero como ha sido esto..... esplicuese vd., señor, por que estoy tan turbado, tan abatido con esta noticia....

—Hacia algunos dias que el falso general habia tenido muy buen cuidado de hacer llevar uno por uno todos sus efectos bajo el pretesto de ir á pasar algunos dias al campo. Esta noche ha salido de su posada dos horas despues de haberse separado de vos; y esta mañana á las tres cuando hemos llegado á su casa todavía no habia vuelto. Lo hemos aguardado en vano hasta el dia, y no ha parecido, y solo ha dejado por señal de su estancia en Savona, una maleta vacia, su criado á quien debe todos sus salarios y la cruz de comendador de la legion de honor que se le ha olvidado probablemente sobre su chimenea.

—¿Será posible!..... pero yo estoy arruinado.

—Como hemos sabido las relaciones que existian entre vds. dos, he venido á adquirir de vd. noticias que podrán tal vez indicarnos el rastro de este diestro ladrón, mientras que mis gefes se informan por su parte.

—¿Y qué noticia quiere vd. que yo le de?... que me ha robado 100,000 francos, he aquí todo.... me ha prometido la cruz de la legion de honor.... estaba comisionado aqui para vigilar al papa.... debia comprar un castillo.... ¡Oh! yo creo que es esto á no dudarlo; él ha marchado para realizar la adjudicacion.... oh! venid, venid, señor, voy á conducirlos allí; y tal vez sea todavía tiempo: tal vez lo encontraremos allí.... Cien mil francos!..... cien mil francos!..... un hombre que tomaba prestado en nombre del emperador!.... un ladrón que me hacia comer con él!..... un malvado que me referia sus batallas!..... cien mil francos!..... oh!.... yo me vuelvo loco!....

Y el banquero entretenia tras de él hacia la sala de las ventas publicas al oficial de gendarmeria, que no esperaba y encontrar allí á Collet. En efecto llegaron para ser testigos de la adjudicacion del castillo, y se les afirmó que no habian visto á semejante general. Entonces ya no tuvo limites la desesperacion del pobre banquero y se precipitó llorando en los brazos de los gendarmes, cuya mayor parte vinieron á dar cuenta á su gefe de la inutilidad de sus pesquisas en la ciudad y sus alrededores. Uno de ellos llegó por último con señas bastantes positivas acerca del camino que Collet habia tomado. Se le habia visto juntarse á pie con un carruage que habia seguido el camino de Niza. El oficial mandó á sus gendarmes que montasen á caballo. El banquero les arrojó una bolsa de oro, declarando de antemano que tomaba á su cuenta todos los caballos que se estropeasen, y prometió ademas 10,000 francos de recompensa si hacian que se reembolsase de sus 100,000 francos. Los gendarmes se lanzaron á caballo, estimulados por la órden de su capitán, y mas todavía por el oro del banquero y sus magnificas promesas. Se les dijo haber visto el carruage tras del cual corrian; pero que debia llevarles una gran ventaja. No los desanimó esto: alquilieron caballos de posta y continuaron persiguiendo al fugitivo. A cada relevo se aproximaban mas al carruage, que se les designaba siempre: en fin, al último relevo lo apercibieron de lejos en el camino. Doblaron su carrera con impetuosidad y muy pronto estuvieron bastante cerca del postillon para ser oidos de él. Le mandaron que se detuviese bajo pena de dirigirle una descarga. El postillon obedeció. Los gendarmes rodearon el carruage, echaron pie á tierra, abrieron las dos puertas de miedo que no se les escapase la presa y vieron solo, magestuosamente

te sentado, y como preguntándoles con la vista, á un hombre revestido con la sotana de violeta, cingulo de bellotas de oro, llevando en el cuello la cruz pastoral y el brillante anillo pascual en el dedo. Los gendarmes se detuvieron sobrecogidos á este aspecto, mientras que el obispo les preguntaba con un tono severo los motivos de una conducta tan reprehensible para con él.

—Perdon señor, dice el brigadier con timidez: pero nosotros vamos en busca de un malhechor tan diestro, de un ladrón llamado Collet, que disfrazado de general de brigada á huido de Savona con una silla de posta.....

—¿Collet? repitió el obispo: he oido hablar de ese desgraciado: mi tío el cardenal Fesch ha tenido que arrepentirse de los favores con que le habia colmado en una época en que le engañó como á otros muchos. ¿Y ha tomado este camino?

—Sí, monseñor: se nos ha designado esta misma silla de posta, y hemos recibido las órdenes mas severas....

—Para ver todos los pasaportes, sin duda. Yo me habia propuesto, y tenia graves motivos para viajar de incógnito; pero ya que las circunstancias son tan imperiosas voy á enseñaros el mío.

—Perdon, señor: pero el deber, la consigna....

—¡Oh! Yo comprendo muy bien eso: yo comprendo hasta la desconfianza que debéis experimentar á pesar vuestro. Este Collet que se disfraza de general podria muy bien un dia disfrazarse de obispo. Tomad, he aqui mi pasaporte, se me ha dado en Domo d' Oscella: examinadlo. Pues que me veo precisado á daros á conocer, vais á visarlo y á tomar nota de él á fin de que no me suceda otro disgusto en el camino.

El brigadier abrió el pasaporte que se le habia presentado, y leyó en alta voz el nombre de monseñor Dominique Pasqualini, obispo de Manfredonia, resobrinó del cardenal Fesch, y primo del emperador Napoleon.

A este nombre y á estos títulos, todos los gendarmes se pusieron espontáneamente de rodillas, y haciendo devotamente la señal de la cruz, pidieron al obispo la bendición.

Monseñor Pasqualini levantó los ojos al cielo, estendió la mano sobre sus cabezas y les dió su bendición.

Después suplicó al brigadier que le escoltase con sus gendarmes hasta el primer relevo, temeroso de alguna vuelta del audaz ladrón, á quien perseguian. El brigadier no tuvo reparo en complacerle, y habiéndose vuelto á poner en camino el obispo, hizo una entrada triunfal en la ciudad donde debia cambiar caballos. Allí manifestó monseñor el deseo de descansar algunas horas, y despidió á la gendarmería después de haberla dado 25 napoleones que recibieron con gratitud. Así es que cuando el brigadier bajó del aposento del obispo, y la multitud, reunida en la puerta, le preguntó por el nombre del prelado que acababa de escoltar, respondió con énfasis:—Es monseñor Pasqualini, obispo de Manfredonia, resobrinó de su eminencia el cardenal Fesch, primo de S. M. el emperador y rey, á quien teneis el honor de ver dentro de vuestros muros, y que desea mantenerse incógnito. Este será canonizado por su humildad apostólica y por su generosidad para con la gendarmería.

Tan pronto como se supo esta novedad, se esparció con rapidez por la ciudad. La muchedumbre principió á aumentarse bajo las ventanas del alojamiento, ansiosa de ver á tan gran personaje: el cura, escoltado de sus vicarios, se presentó de repente, procurando aclarar el tropel para ir á tributar sus homenajes á monseñor. El, durante este tiempo, en pie delante del espejo de su aposento, se ensayaba en las maneras sacerdotales.

—Yo veo que podria representar este nuevo papel, decia soltando la carcajada: yo he bendecido á la gendarmería, y este es un buen agüero.

Collet era el que todavia hablaba de este modo y el que con su peluca empolvada, su tonsura, sus bigotes y sus pa-

tillas afeitadas, su aire de beatitud y de grandeza se habia hecho desconocido hasta para los mismos que se habian dedicado á perseguirlo.

Bien pronto, llamaron discretamente á la puerta de su cuarto, que abrió para dar entrada al cura y á sus dos vicarios. El obispo manifestó admiración á su vista y procuró guardar todavia el incógnito; pero cediendo á los ruegos de los tres sacerdotes que decian que era imposible á un prelado tan ilustre ocultar por mas tiempo su presencia, consintió en dejarse ver de la muchedumbre que lo llamaba á voces. Se presentó en el balcon del alojamiento y procurando imitar al santo padre, á quien habia visto muchas veces en iguales ocasiones, dió de nuevo su bendición al pueblo, arrodillado delante de él. Al entrar en su aposento vió á las autoridades civiles y militares que venian á rendirle sus homenajes y á suplicarle que aceptase una comida que estaba preparada para él. El obispo se escusó mucho tiempo prestando la necesidad de llegar á Niza lo mas pronto posible; pero se vió precisado á acceder á las espresivas súplicas de todo el mundo. Consintió pues en quedarse y en no salir hasta el dia siguiente: suplicó especialmente á los que le rodeaban que no previniesen á nadie de su paso, para que los recibimientos oficiales por el camino no retardasen su llegada á Francia, donde le esperaba su tío el cardenal Fesch para un negocio muy importante. Todos se lo prometieron así y se retiraron contentos de haber visto al poderoso obispo, satisfechos de su bondad y de sus bellos modales. Hubo una comida muy espléndida y magnífica para los recursos que presentaba la ciudad: á los postres fueron admitidas las damas para rodear y saludar á su grandeza. Hacia la mitad de la tarde monseñor manifestó deseos de retirarse: al momento fué precedido y seguido de un acompañamiento que lo volvió á conducir hasta su alojamiento, y al dia siguiente al tiempo de su salida encontró todavia al cura que le puso el escabel de su carruaje. Salió por último y se creyó libre de todas estas ceremonias oficiales, para las que no se hallaba preparado. Confió que seria la última á la que estuviese sujeto, contando firmemente con el secreto que las autoridades le habian ofrecido. Efectivamente, hizo todo su camino hasta Niza sin encontrar otra cosa que la curiosidad que escitaba su silla de posta de cuatro caballos y su traje de obispo. Así que llegó á las puertas de esta ciudad dió orden al postillon para que se cambiasen prontamente los caballos, á fin de poder continuar el viaje sin detenerse. Se acercaba á la frontera y no podia entrar en Francia con el traje que llevaba: se esponia demasiado á ser descubierto en un pais, donde se hallaba el cardenal, de quien se decia sobrino. Pensaba pues en el nuevo disfraz que iba á tomar, cuando llegó á la posta de los caballos y su carruaje entró en el patio. Habia ya oscurecido: Collet creyó ver, apesar de la oscuridad, que muchas personas rodeaban su silla: al mismo tiempo vió de lejos al postillon que hablaba en voz baja con alguno al bajar del caballo. Al momento gritó una voz:

—Cerrad la puerta y no permitais que salga nadie.

En el mismo instante abrió un hombre bruscamente la portezuela, y habiéndose acercado al carruaje, todos los que estaban en el patio esclamaron:

—¡Vedlo ahí! vedlo ahí!

Collet se creyó perdido, y lanzándose de un bote fuera de la silla, procuró zafarse; pero se sintió detenido por la sotana, y la misma voz que habia ya oido le dijo:

—Es inútil, monseñor, no se nos escapareis. Sois nuestro prisionero. Collet se volvió á este apóstrofe y vió un venerable sacerdote, rodeado de muchos de sus compañeros que todos le saludaban humildemente. El se detuvo en vista de esto, y el sacerdote continuó:

—Yo soy el gran vicario de monseñor el señor obispo de Niza, vuestro cólega. Informado de vuestro paso por esta ciudad, y de vuestro empeño en atravesarla de incógnito, nos ha ordenado que os salgamos al encuentro y que os

supliquemos el que venga á descansar algunos días en el aposento que ha hecho preparar en su palacio episcopal. Dispensadnos, si os hemos violentado, pues en ello hemos seguido las órdenes recibidas.

Collet se tranquilizó enteramente al oír estas palabras y haciendo alusión á su posición real y á la que se suponía, respondió alegremente:

—Vamos, es preciso resignarse. Acepto con reconocimiento la dulce cautividad que monseñor de Niza tiene á bien ofrecirme.

Al momento se pusieron en camino y llegaron al palacio episcopal. El venerable obispo de Niza salió á recibir á

su colega hasta lo último de la escalera, y lo condujo á su propio aposento, que le había cedido para recibirlo mejor. Lo colmó de muestras de amistad y de respeto y le presentó una de sus parientas, la condesa de.... que había ido á pasar algún tiempo en su compañía y que era de una notable hermosura. Monseñor de Manfredonia admiró su brillo y sus maneras verdaderamente graciosas. La recibió con toda la galanteria de los prelados de aquel tiempo, lo que pareció tanto mas natural, cuanto que estas costumbres se conservaban entre todos los miembros del alto clero de Italia.

—No sé como daros las gracias, decía Collet, de la sor-



presa que me habeis proporcionado y del recibimiento tan solícito que quereis hacerme.

—A mí se me debe esta idea, dice la linda condesa. Monseñor no atinaba como podría obtener de vos el que permanecieseis aunque no fuera sino por unos instantes cerca de nosotros. Yo he pensado que el mejor medio era hacerlos prisionero, y habeis hecho muy bien de no resistiros, porque hubiéramos llegado tal vez hasta la violencia, tal era nuestro deseo de poseer vuestra gran señoría.

—El señor gran vicario puede deciros que no tuvo necesidad de usar de ella, respondió Collet. Yo me he rendido al momento: parecía que preveía el buen recibimiento que me esperaba de parte de monseñor, y el placer que me reservaba presentándose á vos, señora. Pero tengo curiosidad de saber como os habeis informado de mi paso por Niza. ¿Deseaba tanto guardar el incógnito!

—Esto es precisamente lo que me ha escrito el buen cura, con quien habeis comido, y el cual sin embargo ha creído de su deber participarme vuestra llegada, dice el obispo de Niza. Hubiera querido que no lo hubiese hecho, y desearia de vos, monseñor, le perdonarais esta pequeña indiscreción.

—Las indulgencias plenarias vienen de Roma, dice Collet, y yo vengo de la ciudad santa de donde traigo una provision de ellas. Este digno cura tendrá su parte y acabaré solo por deberle el obsequio por mi mansion en Niza:

—Esperamos que tendreis á bien prolongarla algún tiempo, dice la condesa.

—Imposible. Se me espera en Francia de un día á otro. —¿Cómo! monseñor, no consentireis en quedaros aquí algún tiempo.... oh! haria muy mal vuestra gran señoría..... Por otra parte, no sabeis los proyectos que monseñor ha formado, y cuando los conozeais....

—Mañana por la mañana hablaremos de esto, dice el obispo de Niza. Ahora dejemos que monseñor se entregue á sus devociones y al descanso de que debe tener necesidad. Mañana, señora, sois la encargada de obtener de monseñor las mejores condiciones posibles.

—Sea así, dice la condesa sonriéndose: monseñor es nuestro prisionero: mañana vendré á tratar de su rescate.

—Hasta mañana pues, madama, dice Collet medio vencido por las miradas de la condesa, y que Dios os acompañe! añadió él, temiendo olvidar demasiado su papel de prelado.

La condesa y el obispo lo dejaron solo, aturdido de todo lo que acababa de suceder, deseando prolongar su mansion en Niza en una casa tan opulenta, cerca de la linda muger, y considerando todas las ocasiones demasiado buenas para no utilizarlas. Reflexionó sobre esto toda la noche, y al día siguiente cuando la condesa y el obispo hicieron que le preguntasen si podía recibirlos, estaba tomada su resolucion y decidido su proyecto.

(La conclusion en el número inmediato.)